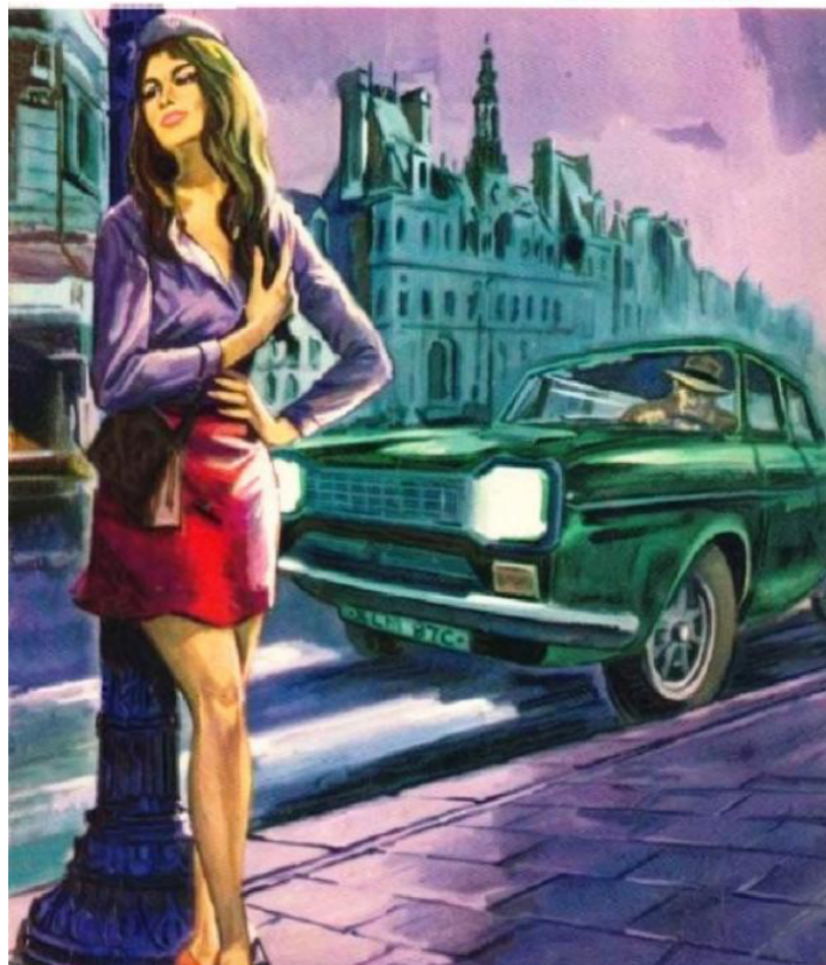


BOLSILIBROS
BRUGUERA
SS
SERIE
SERVICIO SECRETO

una "minifalda" en la noche

joe mogar





SS **SERVICIO SECRETO**



JOE MOGAR

UNA MINIFALDA EN LA NOCHE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.038

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B. 16.780 -1970
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: junio, 1970

© JOE MOGAR – 1970
sobre la parte literaria
© MIGUEL GARCÍA – 1970

sobre la cubierta
Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España).
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Estaban descendiendo.

Abajo, a menos de mil pies de altitud, París brillaba como un ascua de oro.

Atrás, un tanto hacia su izquierda ya que el tetrarreactor de la Pan American estaba dando la vuelta para tomar pista, los focos del aeropuerto transcontinental de Orly lanzaban destellos luminosos y conos de luz hacia las estrellas.

Hacia el lugar donde él se encontraba en aquel momento.

Abajo, entre las luces, miles y miles de seres se movían como autómatas, como impulsados por una secreta y misteriosa fuerza, yendo de un lado para otro, al parecer sin concierto.

Y del mismo modo, la muerte cabalgando sobre los conos de luz y la alegría de la ciudad más cosmopolita del mundo.

Kimball Sinverling lo pensaba así en tanto que las revoluciones de los turborreactores decrecían en intensidad a medida que el gran avión de pasajeros se acercaba al aeropuerto.

Luego vendría todo lo demás.

Tres minutos más tarde tomaban tierra.

El sombrero, los guantes, y el portafolios.

Salió a la pista, hacia la Aduana.

Veinte minutos le llevó la revisión de su pasaporte y cuatro más el alcanzar la salida del aeropuerto.

Sin una sola vacilación, Sinverling dobló hacia la izquierda, recto a la playa de estacionamiento.

Contó los coches.

Cinco.

Había más pero él sólo llegó a aquel número.

Un «La Salle» deportivo pintado en negro y con matrícula francesa.

Se acercó llevando en la mano derecha el portafolios y un

cigarrillo en la izquierda.

Se detuvo muy cerca y miró alrededor.

Su cigarrillo, en aquel momento, se encontraba colgado materialmente de la comisura de la boca.

—Oiga, ¿busca a alguien?

Ladeó la cabeza y miró hacia la ventanilla del coche.

Una pelirroja cabellera, unos grandes ojos cuyo color no logró distinguir por el momento y un niky erizado de malas intenciones.

Se acercó quitándose el cigarrillo de los labios.

—A una persona que me dé fuego. Perdí las cerillas en el avión.

Los ojos eran negros, la boca roja y las piernas de ensueño que mostraba la minifalda que llevaba puesta.

—Hay un encendedor dentro de la guantera de la portezuela derecha. Úselo si quiere. Sinverling no sonrió cuando respondió:

—¿De gas?

—Sí, y es de una buena marca.

No respondió, calladamente rodeó el coche por delante del motor, abrió la portezuela y entró. La pelirroja lo puso en marcha.

La carretera.

Los faros trazando sombras fantasmales contra los árboles y al fondo, en la lejanía, París que parecía arder en medio de la noche.

Preguntó:

—¿Francesa?

La pelirroja le miró a través del espejo retrovisor.

—¿Importa eso mucho?

Sinverling lanzó al techo un anillo de humo.

No importaba.

No a él, por lo que se limitó a callar.

Era hermosa y muy joven, con unas piernas largas y perfectas, pero aquello no importaba. Posiblemente, después de aquel paseo en medio de la noche, jamás la volvería a ver.

No obstante le molestaba el silencio por lo que se arriesgó de nuevo con otra pregunta:

—¿Cómo se llama usted?

La pelirroja tardó en contestar.

—Ésa es otra de las cosas que tampoco interesan ahora, querido —dijo—. Me limito a llevarle hasta París, y nada más.

Algo es algo.

Sinverling lo pensó así pero se guardó el comentario.

Replicó:

—Lleva razón, muchacha. No importa nada —hizo una pausa, fumó en silencio y comentó—: Creo que estamos llegando, ¿no?

—Sí, así es. Pero aún falta bastante para llegar a los Campos Elíseos.

La identificación en el aeropuerto había sido perfecta y por tanto se podían hablar con entera confianza pero la pelirroja no facilitaba las cosas.

—¿Nos volveremos a ver?

De nuevo vio sus ojos grandes y negros fijos en los suyos a través del retrovisor y su sonrisa; la primera que le dedicaba desde que subiera al «La Salle».

—Eso nunca se sabe, míster Sinverling.

No se asombró de que supiera su nombre a pesar de que ella no quiso darle el suyo.

—Lo estaré esperando —fue todo lo que dijo.

—¿Para qué?

No respondió.

No sabía de qué modo reaccionaría, si contestaba con la verdad y prefirió callar.

Ella no insistió.

Las calles, las anchas avenidas, los letreros luminosos, los tubos neón, las parpadeantes luces de los *dancings*, de los *cabarets* y de los clubs nocturnos, y finalmente los Campos Elíseos.

Al fondo, en la distancia, los conos de luces que iluminaban el Arco del Triunfo.

Repentinamente la pelirroja empezó a disminuir la velocidad del coche a medida que lo iba acercando al bordillo de la acera derecha hasta que lo detuvo del todo.

Sólo entonces se volvió a mirarle de frente.

Y no sonrió cuando dijo, tendiéndole la mano enguantada en negro:

—Buena suerte, Kimball Sinverling... quizá... quizá lleguemos a tropezamos en París. Eso, como le dije, nunca se sabe.

Sinverling se la estrechó en silencio, se caló el sombrero, se puso los guantes, tomó la cartera portafolios, abrió la portezuela y saltó fuera del coche.

Casi al instante oyó el zumbido del motor cuando el «La Salle» se puso rápidamente en marcha perdiéndose pronto entre el intenso tráfico de los Campos Elíseos, camino del Arco del Triunfo.

Sinverling no esperó a ver cómo las luces de sus pilotos se perdían en la distancia sino que sin apresurarse empezó a andar, también hacia aquel lugar, pero no llegó.

No, porque antes vio la cabina telefónica.

«No funciona».

Sinverling sabía el suficiente francés para comprender lo que quería decir aquel letrero y se detuvo allí, muy cerca de aquélla, y entonces miró alrededor.

Nada.

Empezó a acercarse, volvió a mirar en torno suyo y luego tanteó la puerta.

Cerrada.

No se extrañó de aquello.

Simplemente se limitó a llevar la mano derecha a la cadena del reloj de pulsera y con sus largos y sensitivos dedos pareció jugar con aquélla durante unos segundos.

Los suficientes para tomar una delgada lámina de acero.

Se volvió hacia la puerta de la cabina, no sin antes escudriñar una vez más los alrededores, y entonces la introdujo en la cerradura y abrió.

Tanteó el interruptor de la luz y lo encendió.

El auricular.

Miró por cuarta vez hacia las gentes que iban y venían de un lado para otro, hacia los coches que circulaban rápidamente y salió fuera para quitar el letrero.

Hecho esto, Sinverling tomó el auricular y desenroscó la bocina.

Una hoja no más grande que un papel de fumar.

Luego esperó.

La escritura se borró de sus ojos a los tres o cuatro segundos de tomar contacto con el aire y entonces hizo una bolita con el papel, lo introdujo en su boca y se lo tragó.

Cuando abandonó el lugar, Sinverling llevaba un nuevo cigarrillo en la boca, pero ahora lo encendió él mismo.

De nuevo empezó a andar, también en dirección al Arco del Triunfo, donde tampoco llegó.

El coche era un «Cadillac» con matrícula americana. Matrícula turística y como esperaba tenía las llaves puestas.

Sin una sola vacilación, Sinverling abrió la portezuela y entró en el coche dejando el portafolios a su lado. Hecho esto introdujo la mano en la guantera y sacó unos papeles.

El permiso de conducir para místico Kimball Sinverling, de Kansas, abogado.

En el lugar, en la casilla donde se indicaba a qué iba a la capital de Francia, sólo había una palabra: Turismo.

Su rostro duro, de halcón, no cambió en absoluto. Sinverling lo puso en marcha.

Suavemente se desprendió de los brazos que la aprisionaban, casi sin aliento, le dedicó una sonrisa y murmuró:

—Ahora debo irme, «mon cheri», ¿comprendes?

—¿Adónde?

—¡Oh! Por ahí, a dar una vuelta. Monique desea pasear.

—Puedo acompañarte, ¿no?

Ella le dedicó una sonrisa.

—No, no puedes. Es decir; sí que puedes, pero no quiero. No ahora, Pierre. Hemos estado juntos durante horas y la pequeña Monique desea respirar un poco de aire.

Él no respondió.

Ya no le extrañaban aquellas salidas de ella que conceptuaba como un capricho de una mujer joven, elegante, y que se alojaba en uno de los mejores hoteles de París, y que era la primera modelo de una de las casas de alta costura más importantes de la gran urbe parisina.

Un capricho lo mismo que era él mismo para ella.

Pierre Demangeot sabía que más tarde o más temprano Monique se cansaría de la aventura y le cambiaría por otro o tal vez no, pero de todos modos, aquello se terminaría.

Un beso, alguna que otra caricia, unas cuantas horas juntos, aquella misma tarde, pero nada más. Era todo cuanto había podido conseguir de ella en aquellas semanas.

Ahora, con la noche, se marchaba.

Pierre sabía adónde.

Dentro de muy poco cualquiera podría verla, o en la barra del bar del hotel donde se hospedaba, o en cualquiera de los muchos

clubs nocturnos.

—¿Cuándo te veré?

Monique se encontraba en la puerta cuando respondió sin mirarle:

—Quizá mañana, Pierre.

No esperó respuesta, ladeó un poco la cabeza, le lanzó un beso con la punta de los dedos y abandonó el apartamento.

Salió a la calle.

El coche era un «Peugeot» pintado en verde oliva.

Monique alcanzó la acera, miró a ambos lados de la calle, a los peatones que circulaban en ambas direcciones, envolviéndola por todos lados, pero sin mirarla, sin rozarla, y entonces se acercó al automóvil cuya portezuela abrió.

Ya frente al volante dio el encendido, embragó, y empezó a rodar, lentamente primero y más deprisa después, buscando la dirección más corta para alcanzar la avenida de los Gobellins, y desde allí hasta la plaza de Italia.

Hotel Italie.

Frente a la puerta detuvo el coche, abrió la portezuela, lo abandonó cerrándola a continuación, con llave, pasó junto al uniformado portero dedicándole una sonrisa mientras éste se llevaba la mano a la visera de la gorra, en señal de saludo, y entró en el hotel para encaminarse rectamente hacia el bar.

Ya en la barra, Monique se subió a uno de los taburetes y las miradas del elemento masculino fueron a sus piernas envueltas en mallas negras, tan pronto como cabalgó la una sobre la otra.

Sonrió para sí.

Sabía que era hermosa y que dondequiera que iba los hombres estaban pendientes de ella y aquello le agradaba, lo deseaba también.

—¿Qué le sirvo, *mademoiselle*?

Clavó el misterio de sus ojos en el *barman* que así la *interpelaba* y respondió:

—Un «*bourbon*», Jacques.

Lo paladeó lentamente hasta terminar con él en tanto que su inteligente mente no tenía un solo segundo de reposo.

Meditaba, entre otras cosas, en Pierre Demangeot.

Al terminar con el licor, Monique abonó lo consumido, saltó del

taburete al suelo, entre nubes de encaje negro y largas piernas apenas cubiertas por el minivestido y acto seguido, con andares que recordaban a algunos felinos y que atraían las miradas del sexo fuerte, atravesó el *hall* en dirección a la escalera.

Subió hasta el tercer piso, despreciando los ascensores y ya en el pasillo se detuvo frente a la cuarta puerta a mano derecha.

Monique abrió el bolso, tomó su llavín y abrió.

Entró cerrando a su espalda, y a los pocos segundos de haberlo hecho supo que no se encontraba sola.

Kimball Sinverling la vio justo cuando llevaba recorrido más de la mitad de la calle de Tolbiac, un poco antes de su cruce con la avenida de Italia.

Junto a uno de los faroles del alumbrado, con la rubia melena cayéndole en cascada sobre los hombros, un cigarrillo apagado en los labios, una escotada blusa y la minifalda mostrando las piernas desnudas de perfectos y bien torneados muslos, recostada contra aquél, con el bolso negro colgado en banderola y cubriéndose la hermosa cabeza con una boina blanca.

Muy hermosa desde lejos.

Mucho, muchísimo más cuando lentamente acercó el coche al bordillo de la acera y lo detuvo junto a ella.

El gesto de «vamp» de la muchacha se acentuó cuando clavó los verdes ojos en el «Cadillac».

Sinverling bajó el cristal de la ventanilla derecha y asomó la cabeza y una mano, la derecha, y curvó el dedo para llamarla.

La muchacha se quitó el cigarrillo de los labios, avanzó unos pasos y se detuvo junto a él.

—¿Sí...? —preguntó.

Hablaba un francés perfecto, sin acento alguno extranjero, pero aquello no contaba para Sinverling.

—¿Espera a alguien? —preguntó.

La rubia le mostró los blancos y perfectos dientes en una sonrisa.

—Puede que a cualquier tipo como usted, si luego no se pone muy pesado.

—¿Qué de pesado...?

—¡Oh! Bueno, eso podemos decidirlo después —lanzó una fugaz mirada a todo lo largo de la calle y prosiguió tan pronto como fijó

sus ojos en él—: ¿Me da fuego?

—Sí, ¿por qué no?

Sacó el encendedor a través de la ventanilla y ella encendió el cigarrillo.

Al lanzar la primera nube de humo azul hacia el espacio, preguntó:

—¿Inglés?

—No. Americano.

—Me gustan los americanos a pesar de que son impetuosos por naturaleza —volvió a sonreír y soltó una nueva pregunta—: ¿Conoce París?

—No, no mucho.

—Puedo servirle de guía si lo desea y... y... Eso ya lo dije antes, ¿no?

Sinverling abrió la portezuela.

—Sí, lo dijo, desde luego —respondió tan pronto como se acomodó a su lado—, pero es difícil contenerse llevándola a mi lado. Es usted una mujer muy... muy...

—Dejemos eso, ¿quiere? —cortó ella secamente, lo que contrastaba de un modo extraño con sus sonrisas anteriores—. Cuando desee algo de usted, si es que ocurre, yo misma se lo pediré.

Sinverling se limitó a contestar:

—¿Dónde vamos?

—A la calle de Juana de Arco —respondió ella—. Una vez allí, ya le indicaré dónde debemos detenernos. Supongo que sabrá el camino, ¿verdad?

—Sí.

Kimball embragó y el «Cadillac» empezó a rodar, alcanzó la avenida de Italia, torció el volante hacia la izquierda y continuó hacia la plaza del mismo nombre, dio la vuelta a la misma, y enfiló el *boulevard* de la Estación.

Fue entonces cuando preguntó, tuteándola:

—¿Cómo te llamas?

Se recostó contra el respaldo del asiento y le miró por entre las entornadas pestañas.

—Siw O'Brien —respondió calmadamente.

Sinverling arqueó una ceja.

—Ese nombre... Es alemán, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Y el apellido...?

La sonrisa de ella, que vio por el espejo retrovisor, le interrumpió.

—Mi padre era alemán, Kimball —dijo llamándole por su nombre lo que le demostró que Siw estaba enterada de su identidad, cosa completamente lógica—, y mi madre americana. Así tienes el contraste del nombre y el apellido —terminó devolviendo el tuteo.

Un golpe de volante, ahora hacia la derecha, y el «Cadillac» entró en la calle de Juana de Arco.

Llegaban a la plaza de idéntico nombre cuando Siw volvió la cabeza para mirar por encima del asiento.

No la vio con perfecta claridad pero adivinó que sus ojos se encontraban fijos en el portafolios que llevaba.

Preguntó:

—¿Te interesa?

Siw le miró fijamente.

—¿El qué? —preguntó a su vez.

—Ese portafolios...

—Sí, claro. Y me estoy preguntando...

—No más preguntas, Siw —interrumpió Sinverling—. No son fáciles de contestar, ¿comprendes?

Ella no respondió hasta que se encontraron en la plaza.

—Vamos a la calle de Charcot, pero ten cuidado. Por esta parte es dirección prohibida. Sinverling no respondió.

Condujo en silencio dando un rodeo y ya en aquella calle preguntó:

—¿Qué número?

—El ochenta y ocho, Kimball, querido. Detuvo el coche y descendieron.

CAPÍTULO II

El apartamento.

En el *living*, Sinverling se volvió a mirarla.

—¿Tenemos que compartirlo juntos? —preguntó.

Los bellos ojos de Siw se le mostraron risueños cuando respondió:

—Sólo por esta noche, Kimball. Ahora siéntate, que hablaremos.

Le ofreció uno de los sillones y Sinverling se sentó.

—¿Quieres tomar algo?

Sinverling asintió en silencio y Siw, con una nueva sonrisa, le dejó solo.

En el otro sillón, como algo intangible pero palpable, reposaba el portafolios.

Traía dos altos vasos en la mano cuando regresó a su lado.

—*Whisky* —dijo entregándole uno.

Sinverling no respondió.

Esperaba.

Fue muy poco, lo que Siw tardó en dejarse caer en el sofá.

—¿Y bien...? —preguntó.

—¿Impaciente?

La pregunta era irónica, de doble filo, pero no quiso darse por aludido por lo que respondió:

—Vine a París en una misión, Siw, y tú lo sabes. Por tanto, no deseo perder mucho tiempo.

—Sólo el indispensable, *mon amour* —respondió ella intercalando una palabra francesa en el idioma en que ahora se expresaban, netamente inglés—. Hasta mañana.

—¿Por qué no esta misma noche?

—Son órdenes —respondió Siw, calmamente. Hizo una ligera pausa y prosiguió—: Ella se llama Monique Dupré y se hospeda en el *Italie*. Tercer piso, apartamento 42. Es una *suite que no está*

nada mal, y ella es una mujer muy hermosa. Te dará las últimas instrucciones, mon chérie.

—¿Y por qué perder unas cuantas horas, Siw?

—Eso tendrá que preguntárselo a ellos —le miró por entre las entornadas pestañas y prosiguió—: Me pidieron que te entretuviera un poco, querido, y creo... creo que podré conseguirlo. ¿Tú no?

Sinverling no respondió a aquello.

Simplemente se limitó a formular una nueva pregunta:

—¿Algo más?

—Sólo que tengas cuidado. En París ya han muerto varios de nuestros agentes, ¿comprendes? Y al decir de los nuestros me refiero a la comunidad que ahora formamos, aunque sea por el momento.

Sinverling tomó el vaso y se lo llevó a los labios.

Y Siw se movió inquieta sobre el sofá al sentirse observada detenidamente por aquellos ojos grises, duros como el acero, hasta que le oyó preguntar:

—¿Qué ocurrirá si hay un fallo, pequeña?

Ella hizo una mueca.

—Quizá nos encontremos con un agente menos, Kimball —respondió consoladoramente—, y en concreto me refiero a ti mismo. Como ya sabrás, si ocurre algo, nuestro común Gobierno negará toda participación en esto.

No respondió.

Meditaba, y tradujo parte de sus pensamientos en una sola pregunta:

—¿A qué se dedica *mademoiselle Dupré* además de...?

—Trabaja como modelo en una casa de alta costura, y de paso se ve con Pierre Demangeot.

—¿Quién es?

Ella bebió ahora, hasta mediar el vaso, y luego respondió:

—Entre otras cosas, el hombre que quizá tengas que matar antes de abandonar París.

—¿Agente doble?

—No.

—Entonces...

—Hay varias versiones sobre Demangeot —interrumpió ella—. Unas favorables y las otras no. Sea como fuere se le vigila.

—¿Por mediación de Monique?

—Sí. Quizá...

—Pero no estás segura, ¿verdad?

—En este juego, Kimball, amor, ninguno estamos seguros de nada. Ni tú de mí, ni yo de ti a pesar de que la identificación fue correcta. Me comprendes, ¿no?

Era la realidad.

Sinverling, pensándolo, frunció el ceño y formuló una pregunta más:

—¿Qué hay entre Monique y el francés, pequeña?

—Eso, si es que en verdad hay algo, sólo ellos lo saben.

No respondió.

Se limitó a tomar el vaso, apuró el resto del licor de un solo trago y se puso en pie.

Los ojos de Siw chispearon un segundo antes de preguntar:

—¿Dónde vas?

Sinverling hizo una mueca.

—A dar una vuelta por ahí, pequeña. A estirar las piernas un poco. Hace mucho que no vengo a París y por la noche esta capital efectúa sobre mí una extraña fascinación.

Al terminar de hablar, Siw ya se encontraba a su lado, muy cerca, casi rozándole, con sus grandes ojos fijos en los suyos.

—Te dije que eso no iba a poder ser por esta noche, Kimball. Por tanto, será mucho mejor que te resignes a mi compañía.

Se sentó en el sofá dando vista a la acristalada y giratoria puerta y sus ojos helados escudriñaban a los hombres y mujeres, elegantemente ataviados que cruzaban de aquí para allá.

Más allá, al otro lado del *hall de mármol blanco*, *vio la otra puerta a través de cuya cristalera se divisaba el bar*.

Algunos hombres y mujeres encaramados sobre los altos taburetes y sin dejar de observarlos en su ir y venir, introdujo la mano en el bolsillo de la americana y sacó un cigarrillo.

Lo encendió consultando el reloj.

Faltaban tres minutos para el mediodía.

Fue entonces cuando desvió los ojos hacia la escalera, y casi en el acto la vio.

Una belleza morena, de grandes y rasgados ojos negros,

minivestido, con medias de malla negra que hacían juego con los zapatos de alto tacón.

Un cuello de cisne, una boca roja, incitante, la nariz fina y clásica, las mejillas de terciopelo y la frente ancha, despejada, de mujer inteligente.

Una mujer elegante dentro de la sencillez del minivestido.

Exactamente lo mismo que todos los hombres que en aquel momento se encontraban en el *hall del hotel*, *los ojos de Sinverling recorrieron su figura de pies a cabeza y luego la siguieron a través del mismo en dirección al bar.*

La vio abrir la puerta y avanzar hacia la barra donde se acomodó cabalgando una pierna sobre la otra.

Desde allí no podía verla muy bien pero la bastaba con lo que había visto cuando pasó por su lado, casi rozándole.

Sinverling volvió a consultar el reloj.

Las doce y cinco.

Se concedió otros tantos y a las doce y diez se puso en pie y empezó a andar en dirección al bar.

Abrió la puerta y avanzó hacia la barra.

Unas piernas elegantes y muy bellas, como ella misma.

Tomó uno de los taburetes, anteponiendo uno entre los dos y se sentó.

Al segundo siguiente el *barman se le puso delante.*

—¿Qué va a tomar, *monsieur*?

—*Whisky*. Supongo que tendrá, ¿verdad?

—Sí, *monsieur*. *Ahora mismo se lo sirvo.*

Los negros ojos de Monique estaban fijos en él desde mucho antes que el *barman terminara de hablar, y tan pronto como se hubo alejado los desvió, extrajo del bolso un cigarrillo y se lo puso en los labios.*

Con una sonrisa jugueteando por entre los suyos, Sinverling extrajo el encendedor y se lo ofreció.

—¿Me permite, *mademoiselle*...?

Monique le devolvió la sonrisa.

—¡Oh!, gracias.

Lo tomó, encendió el cigarrillo y se lo devolvió.

Y continuaba sonriendo cuando lo hizo.

—¿Americano?

—No, inglés —mintió Sinverling—. ¿Y usted?

—Francesa como verá. De Montmartre.

—Al verla con ese pelo, hubiera jurado que era italiana o española.

La sonrisa de Monique se amplió.

—Ya ha visto que no, míster Sinverling —respondió—, se ha equivocado.

Sinverling se bajó del taburete, se colocó a su lado y ambos, sin dejar de mirarse a los ojos se estrecharon las manos en silencio.

De los dos, fue él el primero, en romper el silencio con una pregunta:

—¿Hablamos aquí, *mademoiselle Du...*?

Le interrumpió con un gesto.

—Nada de eso, *mon chéri* —dijo—. Y llámeme Mónica. Es más íntimo.

Tomó su copa de *bourbon*, la levantó hacia él y murmuró:

—A votre santé, *monsieur*.

Sinverling tomó el *whisky* e hizo lo propio mediándolo de un solo trago.

Y no dijo nada.

Esperaba.

Fue cuestión de cuatro o cinco segundos y entonces ella saltó del taburete al suelo.

—Supongo que ya sabe dónde queda la *suite que ocupo, monsieur Sinverling* —dijo—. *Suba dentro de diez minutos justos.*

No replicó.

Tampoco la miró alejarse, sino que regresó los ojos al *whisky* y ahora bebió lentamente hasta apurar su contenido.

Al terminar abandonó la barra y el bar y ya en el *hall, junto a la escalera, lanzó una fugaz mirada alrededor y también despreciando los ascensores empezó a subir, peldaño a peldaño, hasta el pasillo donde Monique tenía sus habitaciones.*

Sinverling se detuvo frente a la puerta que daba acceso a la *suite sólo el tiempo indispensable para levantar la mano hacia el botón del zumbador que oprimió sin una sola vacilación.*

Casi al instante Monique quedó enmarcada en el umbral,

dedicándole una sonrisa de bienvenida y acto seguido se apartó a un lado para dejarle pasar.

Un saloncito con dos sillones y un sofá, una pequeña mesa adosada a la pared con teléfono interior, un aparato de televisión y otro de radio, y dos puertas frente a la de salida.

Un dormitorio y el cuarto de baño.

Sinverling lo pensó así en tanto Monique le indicaba uno de los sillones.

—Siéntese, ¿quiere?

Lo hizo, frente a ella, que a su vez tomaba asiento, y ambos se miraron a los ojos durante unos cuantos segundos antes de que la francesa rompiera a hablar formulando la primera pregunta:

—¿Quién le dio esta dirección, míster Sinverling?

—Una mujer.

—Sí, es lo que supuse. ¿Cómo se llama?

Sin una sola vacilación, respondió:

—Eso, Monique, en nuestra profesión importa poco, ¿verdad?

—Sí, así es, pero me gustaría saber más datos.

—¿Sobre ella?

—Sí, claro.

—Pues no los hay.

—¿Ni siquiera del lugar donde pasaron la noche?

Sinverling extrajo el paquete de cigarrillos, le ofreció uno y ambos los encendieron antes de que respondiera a su pregunta:

—Tampoco eso, muchacha.

Hubo una ligera pausa que Monique rompió con una nueva pregunta:

—Un hombre prudente, ¿verdad?

—Tal vez sí.

Callaron sin dejar de observarse mutuamente, como si estuvieran jugando al gato y el ratón.

Y una vez más, fue la propia Monique quien rompió el silencio.

—¿Lo trajo?

—Sí.

—De acuerdo, Sinverling. ¿Dónde está?

Sin responder a aquella pregunta, fumó en silencio por espacio de varios segundos y a continuación lo hizo.

—Lo tengo yo y con eso basta, Monique. Es usted, según tengo

entendido, la que tiene que establecer contacto con ellos. Dígame cuándo, cómo y dónde. Eso es todo.

Por un breve espacio de tiempo, Monique no contestó.

—El contacto se hará esta noche, Sinverling, a la una de la madrugada.

—¿Dónde?

—Eso es algo que todavía no sé.

—En cuyo caso...

—Tendrá que esperar. Su habitación, la que se le reservó en el hotel, da frente a esta *suite*. *Espere ahí hasta que reciba nuevas instrucciones.*

—¿Encerrado todo el día?

—No quise decir eso, pero no estaría de más. Creo que no es... necesario que se haga ver por las calles de París.

—Correré el riesgo, querida.

—Sí, claro, es... precisamente lo que esperaba que dijera, Sinverling.

—En ese caso...

—Puede hacer lo que guste. La responsabilidad es suya y de nadie más. Yo me limito a cumplir las órdenes que me dieron y nada más.

Sin una sola vacilación, Sinverling preguntó:

—¿Por mediación de Pierre Demangeot?

Monique arqueó una ceja.

—¿Qué quiere decir?

—Tal vez formulé mal la pregunta —respondió Sinverling sin perder la calma—, y quise decir o preguntarle qué clase de relaciones sostiene con él.

—¿Está sospechando de mí como agente doble?

Sinverling le mostró sus dientes de lobo en una sonrisa.

—Si sospechara eso, *ma petite*, ahora estaría muerta —hizo una ligera pausa y preguntó sin transición alguna—: ¿Por qué no responde claramente a mi pregunta, Monique?

—Por la sencilla razón de que no viene al caso, Kimball —respondió ella con sequedad—. Ahora, si lo desea, puede quedarse en su habitación o como dijo, darse una vuelta por París, aunque mi consejo es contrario a esto último.

Sinverling no respondió.

Se puso en pie y Monique arqueó una de sus finas y negras cejas.

Eso fue todo el sigilo de sorpresa que experimentó y que a él le dijo tan poco como le habían dicho sus palabras anteriores.

—¿Quién es Pierre Demangeot, Monique?

La francesa abandonó el sillón y se le enfrentó abiertamente.

—Pongamos que un amigo mío.

—¿Muy amigo?

—Si contestara a eso sabría positivamente las relaciones que nos unen, Kimball. ¿Es o no es así?

—Desde luego, sí, pero no es eso lo que quería decir, y usted lo sabe. Por tanto responda, ¿quiere? ¿Qué papel representa en todo esto?

Ella encogió levemente los redondos hombros.

—Confieso que no lo sé. Se me ordenó vigilarle pero nada más.

—Quizá como agente extranjero, ¿no?

—Eso es algo que tampoco me dijeron.

Sinverling no respondió.

Se volvió hacia la puerta, caminó unos cuantos pasos en aquella dirección, puso la mano sobre el tirador de la puerta y Monique dijo a su espalda:

—¡Espere un momento, Kimball!

Se volvió a mirarla.

—¿Sí...?

Monique señaló sus manos.

—¿Y el portafolios? —preguntó.

Kimball Sinverling la envolvió en una sonrisa quizá un tanto irónica, quizá un tanto burlona.

—Tal vez lo perdí, *mademoiselle Dupré* —dijo un segundo de dar la espalda para abrir la puerta—. Sí, tal vez... —Hizo una ligera pausa, mirándola de nuevo y añadió—: Me encontrará en mi habitación a las once y cuarenta y cinco, *ma cherí*.

Salió sin que Monique pronunciara una sola palabra.

El pasillo, la escalera; Sinverling descendió hasta la planta baja, cruzó una buena parte del *hall* y *entró en el bar*.

Desde la puerta estuvo escudriñando la concurrencia y luego, muy lentamente, se acercó a la barra, se acomodó en uno de los taburetes y volvió a mirar alrededor.

—¿Un *whisky*, *monsieur*?

El barman era un buen fisonomista y tenía buena memoria.

Sinverling lo pensó en el acto a medida que asentía con la cabeza.

Ya con aquél a su lado, se dedicó a escudriñar el fondo del vaso, como si de allí fueran a surgir las respuestas a la multitud de preguntas que brotaban en su mente.

Pierre Lamont había muerto asesinado.

La Sûreté se había hecho cargo de su cadáver y de las investigaciones en torno a su muerte; dio parte a la Embajada americana en París, y nada más.

Con Lamont eran cuatro los agentes que habían muerto en la capital francesa en el transcurso de los últimos cinco meses.

Él podía ser muy bien el quinto.

Pierre Demangeot y Monique Dupré; la muchacha de la calle de Tolbiac, con su minifalda.

¿La volvería a ver?

Sinverling se encogió de hombros, levantó el vaso y bebió hasta mediarlo y a continuación lo depositó sobre la pulida superficie del mostrador.

Consultó el reloj.

Pensaba en Monique cuando introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y luego depositó una moneda junto al vaso que acto seguido elevó hasta sus labios de donde no lo apartó hasta dar fin a su contenido.

Entonces abandonó el taburete y se volvió hacia la puerta con ánimo de alcanzar la salida, pero no pudo.

Tropezó, hubo una exclamación femenina, el golpe de un vaso contra el suelo y el estallido de cristales rotos.

Sinverling la enfrentó iniciando una disculpa:

—¡Oh! Perdone, he sido un torpe al volverme con esa rapidez.

Y ella le dedicó una luminosa sonrisa.

Siw se desperezó lo mismo que una gata, estiró las piernas, los brazos, bostezó, y se sentó sobre el lecho. ¿Cuánto tiempo hacía que se encontraba sola?

No lo sabía, tampoco importaba mucho.

Se puso en pie y lentamente fue al cuarto de baño donde se dio una ducha.

Al regresar a su dormitorio sus ojos patinaron sobre los muebles, buscando quizá de un modo inconsciente alguna cosa que no se encontrara en el lugar adecuado, y lo encontró.

Una cartera con cierres metálicos.

Sin inicial alguna.

Una cartera que no le pertenecía, aunque sí sabía lo que contenía.

Kimball Sinverling, el hombre que había amado durante unas horas la había dejado olvidada allí, en su apartamento, al alcance de su mano.

¿Olvidada?

Siw no la tocó.

Corrió hacia el armario ropero y empezó a vestirse apresuradamente.

Tan pronto como terminó con su tocado, casi sin peinarse, regresó al cuarto de baño y obrando con la misma rapidez que en un principio se acercó a la bañera, introdujo la mano por detrás de aquella y sus largas y nacaradas uñas se hundieron en la juntura de una de las losas.

No se oyó el más ligero ruido pero la bañera empezó a girar hacia su izquierda, hasta la mitad. Sólo hasta allí, dejando al descubierto una pequeña cavidad.

Siw introdujo la mano en su interior y unos segundos más tarde la sacó llevando en las manos una caja no más grande que un paquete de cigarrillos.

La abrió, de entre los cables y pequeñas lámparas tiró de la antena microscópica y la extendió.

Tres segundos más tarde estaba llamando.

—«S» llamando a «B. H»... «S» llamando a «B. H.», contesten.

Cambió, hubo un ligero pitido y luego, clara y diáfana como el cristal, le llegó la voz de un hombre.

—Informe.

Por espacio de varios minutos, Siw estuvo explicando todo lo ocurrido y finalizó pidiendo nuevas instrucciones.

—Tome el portafolios y tráigalo aquí.

—¿Debo abrirlo?

—Limítese a traerlo. Eso es todo. Cambio y fuera.

Ya no hubo más.

Siw tampoco perdió tiempo.

Colocó las cosas tal como estaban y regresó al dormitorio donde tomó el bolso con una automática del 38, lo cerró y entonces procedió a ponerse las medias.

A uno de los elásticos colocó otra de mediano calibre, se bajó la falda, tomó el bolso que se colocó en bandolera y luego el portafolios de Kimball Sinverling.

Salió a la calle.

Empezó a andar por la acera, con ánimo de tomar un taxi, pero no lo consiguió porque los otros llegaron antes.

CAPÍTULO III

—Por favor, no se disculpe.

Pero se había manchado el vestido a la altura de los muslos.

Sinverling devolvió la sonrisa e invitó:

—Después de haberle estropeado la ropa, lo único que puedo hacer es invitarla a tomar algo, ¿no?

Ella le dedicó una leve sonrisa.

—¡Cierto que sí! —respondió—. Pero no aquí. Que le parece si nos damos una vuelta por París. Tengo mi coche fuera.

Sinverling asintió en silencio.

Era joven y bonita.

Pelo largo, castaño, que le caía sobre los hombros, lo que le hizo recordar a Siw.

Los senos altos, orgullosos, estrecha la cintura, suaves y firmes las caderas y las piernas largas y perfectas que mostraba desde medio muslo debido a la minifalda.

—¿Dónde iremos?

Se encontraban en la misma puerta del hotel cuando Sinverling formuló la pregunta y ella, una vez más, le dedicó una sonrisa.

—A cualquier parte —respondió—, donde podamos tomar una copa —hizo una ligera pausa y añadió—: ¿Conoce París?

Sinverling encogió levemente los hombros.

—Muy poco —contestó—, por tanto, creo que será usted la que escoja el camino.

—De acuerdo, le serviré de guía, y luego le pasaré la factura al hotel.

La esquina y luego el coche.

Un «Lancia» deportivo del último modelo.

Al verle, Sinverling se dijo a sí mismo que al parecer ninguno de los dos bandos reparaba en gastos.

Fue el primero en llegar a la portezuela que mantuvo abierta

para que ella se colocara frente al volante y luego rodeó el coche e hizo lo propio por la contraria.

Rodaron en silencio por espacio de varios minutos, que Sinverling rompió con una pregunta:

—¿Se hospeda en el Italie?

—Sí, así es. Segundo piso, tercera puerta a mano derecha. No se perderá si viene a verme. Contando con que me encuentre dentro — y añadió en vista de que Sinverling no daba respuesta alguna a sus palabras—: Supongo que ahora me preguntará cómo me llamo, ¿verdad?

Sinverling sonrió.

—Desde luego pensaba hacerlo —replicó—. Diga, ¿cuál es su nombre?

Su bonita sonrisa floreció una vez más por entre sus rojos labios cuando respondió:

—Olga Suttner, querido.

—¿Alemana?

—Cierto que sí —respondió ella—. Refugiada en Francia desde que levantaron el muro. Me escapé del otro lado. No me gustan los rusos, ¿sabes? Y tú, ¿cómo te llamas?

Le estaba tuteando casi sin darse cuenta y Sinverling respondió del mismo modo:

—Kimball —dijo—. Kimball Sinverling, Olga. Y ahora, ¿dónde me llevas?

—Espera y lo sabrás.

Fue entonces cuando Olga se le colgó del brazo y lo empujó hacia adelante.

—Un poco más allá, querido —dijo—, se encuentra el lugar a donde vamos.

Sinverling continuó sin responder.

Un subsuelo.

Un *cabaret* en el centro de la calle, como tantos y tantos otros en París, y también como él había visto, y más de uno, en pleno Nueva York.

Sonrió en las sombras, llevándola delante, cuando empezó a descender la escalera.

Música negra.

Un escenario al fondo, un conjunto negro, una cantante de color,

las mesas abarrotadas de público ávidos de espectáculos fuertes, la barra del mostrador, y las parejas en las oscuras mesas, hablándose al oído en tanto esperaban que terminara el espectáculo para salir a bailar.

Sinverling, mientras lanzaba una mirada alrededor suyo oyó la voz de Olga:

—¿Nos sentamos en una de las mesas o vamos a la barra? —preguntó.

Escogió una mesa y ambos se sentaron frente a frente, mirándose a los ojos, en silencio, que Sinverling rompió:

—Qué prefieres —dijo—, ¿beber o comer?

—Las dos cosas.

Una hora más tarde, ambos se encontraban bailando en la pequeña y circular pisa, estrechamente enlazados, y tres minutos después, sin que Sinverling supiera quién de los dos tomó primero la iniciativa, se estaban besando como si se conocieran de toda la vida.

Los tipos eran dos, pero Siw no se dio cuenta de que algo andaba mal hasta que les tuvo a su lado.

Hasta que uno de los dos, el que se acercó a su derecha, tomó el portafolios por el asa.

Siw se detuvo en seco, dio un tirón que no sirvió de nada, y casi en el acto oyó la voz del otro.

—Será mejor que no haga tonterías, *mademoiselle*.

Siw les miró alternativamente.

El de su derecha no soltaba el portafolios y el otro, alto y huesudo pero elegante, tenía la mano derecha del bolsillo de la chaqueta.

Fue éste el que de nuevo tomó la palabra:

—Vamos, camine, estamos llamando la atención, y si consigue que eso suceda del todo, me temo que no lo va a pasar muy bien.

Siw miró alrededor justo en el momento en que notaba un fuerte tirón del portafolios.

Lo soltó.

Era lo único que podía hacer por el momento, y lo hizo notando ahora en su costado la presión del arma que empuñaba el otro.

—¿Nos vamos?

No contestó.

Sabía que era inútil.

Cierto que las cosas pudieron haber ocurrido de otro modo de no llevar en las manos el portafolios, pero había recibido una orden... que jamás podría cumplir, como no fuera con una poca de suerte y eso lo dudaba.

Empezó a andar.

Un «Peugeot» pintado en negro.

El que llevaba el portafolios lo señaló.

—Suba, ¿quiere?

A pesar de la pregunta, la empujó y Siw se acercó a la portezuela del coche justo en el momento en que aquella se abría.

—Pase de una vez.

El de la pistola volvió a empujarla y Siw se inclinó hacia adelante para entrar.

En el acto unas manos la aprisionaron y tiraron de ella hacia el interior, y al segundo siguiente perdió el conocimiento cuando algo le golpeó brutalmente en la nuca.

El coche se puso en marcha.

Siw abrió los ojos al cabo de mucho rato, sacudió la cabeza y su mirada quedó prendida en las cortinillas negras que impedían ver la calle a través del cristal, y luego miró a la mujer.

—¿Se encuentra bien, *mademoiselle O'Brien*?

Siw no respondió.

Estaba tratando de adivinar hacia dónde era conducida, sin éxito.

No lo sabía, pero en aquel momento el «Peugeot» estaba cruzando el Sena por el puente de la Gare [1].

Miró a sus acompañantes.

Dos.

Uno a cada lado de donde se encontraba sentada, en el asiento trasero, y al lado de la ventanilla, la mujer.

El conductor completamente solo en la parte delantera del coche, trató de verle la cara sin conseguirlo, en vista de lo cual se volvió y dijo:

—¿Dónde me llevan?

La mujer, muy joven, endiabladamente hermosa, continuó hablando en francés cuando respondió:

—A un lugar seguro, *mademoiselle*. No debe preocuparse de eso, ¿comprende? Con nosotros se encontrará bien.

Y sin responder continuó observándola dándose cuenta de que la muchacha, una pelirroja, llevaba el portafolios en el regazo.

Aquella, como si adivinara cuáles eran sus pensamientos, preguntó:

—¿Qué es lo que contiene este portafolios, *mademoiselle*?

Siw se llevó la mano a la nuca y se la palpó.

Contestó con otra pregunta:

—¿No lo sabe usted?

—No, pero lo presumo.

—En ese caso...

—Bueno, esperaba que lo dijera usted. Para ahorrar tiempo, ¿comprende?

Exactamente lo mismo que la vez anterior, Siw formuló una nueva pregunta en respuesta a la de ella:

—¿Me creería si le dijera que no lo sé?

—Sí, quizá sí, por ahora. Más tarde ya veremos.

—No la entiendo a usted.

—Me comprenderá después.

—¿Sí...?

—Seguro. Voy a hacerle unas cuantas preguntas, pequeña, y espero que me conteste con la verdad.

Siw quedó callada.

El viaje continuó en silencio por espacio de veinte minutos más, y el coche se detuvo.

—Baje ahora, *mademoiselle O'Brien* —ordenó la pelirroja—; pero despacio. Me comprende, ¿verdad?

Siw silenciosamente descendió del «Peugeot» llevando a aquellos dos detrás.

La última en abandonarlo fue la pelirroja que se volvió hacia el conductor diciendo:

—Llévalo al garaje y espera allí. Tal vez lo necesitemos más tarde.

El tipo no contestó.

Ni Siw dijo nada cuando reconoció la calle donde se encontraba, un segundo antes de notar, una vez más, el cañón de la pistola en su costado derecho.

—Vamos, camine.

Lo hizo.

Un portal.

Sucio y oscuro.

Una escalera, estrecha, tan oscura como el portal y la voz de la pelirroja viniendo directamente, de su espalda.

—Suba. Es el tercer piso, *ma petite*.

Volvió a mirarlos.

El tipo que le arrebatara el portafolios llevaba su bolso con la automática en su interior.

En su pierna derecha, junto al muslo, sujeta por el elástico de la media, notaba el peso de la «22» y aquello le infundía una extraña sensación de seguridad, de que no se encontraba sola allí, por mucho que pareciera ser así.

Y el reloj.

No quiso mirarlo ni por un solo segundo temerosa de que lo mismo que habían hecho con el bolso, hicieran con aquél.

Que se lo quitaran.

Tercer piso.

Una buhardilla, sucia, polvorienta, con telarañas en las paredes, y el chirrido de unos goznes sin engrasar sonando a su espalda, cuando alguno de los tres que le acompañaban cerró la puerta.

Casi al instante oyó la voz de la pelirroja.

—Meterla en aquella habitación, Dan —dijo dirigiéndose al más alto de los dos—. Y no ser muy brutos con ella, ¿entendéis? Quiero un buen trabajo, pero no deseo que la inutilicéis por el momento.

Siw palideció al comprender todo el alcance de aquellas palabras e hizo ademán de volverse pero no pudo.

De un modo repentino se vio empujada brutalmente hacia una de las dos puertas que tenía frente a sí, era otra habitación, tan sucia como el resto de la casa, desprovista de todo mueble; sin ventanas.

Se volvió a mirarlos.

Habían cerrado la puerta y la observaban a su vez.

Fue el llamado Dan Dumeine el primero en formular una pregunta:

—¿Dónde está?

Siw arqueó una ceja y miró alrededor.

Paredes sin pintar, desprovistas de todo cuadro, lisas y sucias; de un blanco roto.

Volvió a mirarles.

—¿Dónde está?, ¿quién? —preguntó a su vez.

—El americano.

Siw tardó varios segundos en contestar.

—¿Qué americano?

Dumeine consultó con la mirada a su acompañante.

—¿Qué te parecen las respuestas de la pequeña *mademoiselle*?

—preguntó.

Alex Duncan hizo una mueca, miró a Siw y respondió:

—Déjame a mí, Dan, verás cómo termina por hablar tanto como un papagayo.

Dumeine no respondió pero se apartó al fondo de la habitación y Siw vio cómo llevaba la mano a la funda de la axila que sacó armada con una pistola de gran calibre.

Esbozó una fría sonrisa cuando preguntó:

—¿Hace falta una cosa como ésa para una simple mujer, Dumeine?

El francés soltó una maldición.

—Sí, cuando esa mujer es una gata al servicio de la

C. I. A.

¿O es que se cree que no lo sabemos?

Siw abrió mucho los ojos.

—

¿C. I. A.?

—Había extrañeza en su voz—. La verdad es que no sé de qué me están hablando.

Hubo un ligero silencio que rompió Duncan dando un par de pasos hacia ella.

—Le refrescaré la memoria, *mademoiselle* —dijo—, y no será nada agradable para usted, ¿comprende? Por tanto, responda: ¿Dónde está el americano? Y sobre todo, ¿qué ha venido a hacer en París un agente del Un agente especial según las noticias.

F. B. I.?

—Tienen esa cartera, ¿no? —respondió ella—. Ahí encontrarán la respuesta. De esto sólo puedo decirles una cosa; que no sé quién es. Me refiero a su personalidad. Le encontré en la calle de Tolbiac.

Cuando desperté se había ido y esa cartera se encontraba allí, en mi apartamento.

—¿Sí...? En ese caso, ¿quiere decirme dónde iba con ella cuando la sorprendimos?

—Al mismo sitio donde me encontré con él.

Duncan no respondió, dio un par de pasos más en dilección a ella y la bestial bofetada la lanzó contra la pared con los ojos llenos de lágrimas.

Siw se ovilló en el suelo pero ninguno de los dos pudo decir que soltó una exclamación o una simple queja.

Tampoco les preocupó ya que Duncan se acercó otro poco y preguntó:

—¿Dónde está ese hombre? ¿Cómo se llama?

Mirándole desde el suelo, por entre la mejilla húmeda de las lágrimas, Siw contestó:

—No lo sé, no lo sé. ¡Le estoy diciendo la...!

La patada la alcanzó en un costado y se retorció en el suelo de dolor, pero tampoco de sus labios surgió la menor queja.

Duncan ya no se detuvo.

La golpeó de nuevo.

—Contesta. ¿Dónde está...?

Volvió a golpearla.

Se descompuso y en aquel momento intervino Dumeine.

—Déjala ya, Alex, o la vas a matar a golpes.

Duncan se apartó a un lado y Dumeine se acercó.

Desde el suelo, hecha un completo ovillo, con la hermosa mata de pelo enroscada al cuello, Siw les miró.

—Será mejor que no nos haga perder más tiempo, *mademoiselle O'Brien* —dijo el francés *ten pronto como se encontró a su lado, rozándola con la puntera de los pies*—. *Como ha visto, Alex es un bestia. Conteste, ¿dónde se hospeda el americano, y sobre todo, cuál es su próximo contacto? ¿A qué hora?*

Por toda respuesta, Siw empezó a arrastrarse hacia la pared y ahora sí gimió, lo que dio motivo para que los dos rieran un poco.

Llegó a la pared y allí se sentó en el suelo apoyando la espalda contra aquélla.

—¡Sucios! —dijo.

Y escupió al suelo.

La respuesta no se hizo esperar.

Duncan lanzó una maldición y dio un salto hacia ella.

El chispazo de humo y fuego, que le cegó mientras que el estampido del disparo hacía zumbar los oídos a Dumeine que en el acto la enfiló con su automática.

No llegó a emplearla porque la bala de Siw le alcanzó en la cabeza tirándole contra la pared la puerta de entrada lo mismo que si se tratara de un guiñapo.

Siw se puso en pie.

Vacilante, apoyándose contra la pared, se fue acercando lentamente a aquella misma puerta tras la cual se encontraba la salvación.

Antes de llegar sus pies se enredaron con los de Duncan y con un gemido cayó al suelo y perdió la automática. Respirando entrecortadamente, notando que el pecho le dolía, trató de ponerse de nuevo en pie justo en el momento en que la puerta se abría dando paso a la pelirroja.

Siw la vio, la metralleta que llevaba en la mano y se alzó a un lado en el preciso momento en que ella la enfilaba y rápidamente, mientras las primeras balas levantaban el estuco de la pared en el lugar donde un segundo antes se encontraba su cuerpo, se quitó el reloj de pulsera y tiró hacia fuera de la corona.

Lanzó el reloj, y al instante, entre las piernas de la pelirroja, hubo una sorda explosión. La metralleta calló y, las ensordecedoras explosiones de los disparos dejaron de oírse... Siw trató de ponerse en pie.

CAPÍTULO IV

Desde uno de los sillones donde se encontraba sentada, en el *hall del hotel, con una revista en las manos, Monique les vio entrar.*

No hizo un solo gesto, tampoco se movió cuando pasaron muy cerca de ella, camino del bar y les siguió con la mirada hasta que les vio acomodarse en la barra.

Unos segundos más tarde les servían *whisky* en dos altos y artísticos vasos.

Monique soltó la revista, se puso en pie y avanzó hacia uno de los ascensores.

Unos minutos más tarde se encontraba en su habitación, frente a la pequeña mesa que le servía de escritorio.

Abrió el cajón central, tomó un bolígrafo y por espacio de varios segundos se entretuvo en trazar círculos concéntricos, y luego, de un modo repentino sacó el capuchón y del interior del bolígrafo una antena microscópica. Cuando terminó de hablar, lo dejó exactamente como estaba y volvió a consultar el reloj.

Las once y treinta minutos de la noche.

Media hora.

Treinta minutos y Sinverling se encontraba en la barra bebiendo con aquella alemana.

En cualquier lugar de París, también aquella noche, un hombre, un hombre llamado Pierre Demangeot, que había sido el dueño de sus besos y caricias durante algún tiempo, pero sin que necesariamente hubiera habido un *affaire entre los dos, esperaba también.*

Y una pelirroja.

En otro lugar, otra muchacha, también complicada en todo aquel tinglado, vigilaba a Kimball Sinverling.

Es decir; se estaban vigilando mutuamente y aquello no le agradaba ni poco ni mucho.

Había preguntado por el nombre de la mujer que le acompañaba desde la calle de Tolbiac hasta no sabía dónde, y el agente especial del

F. B. I.,

se había burlado exactamente como si no confiara en ella, o en nadie.

Aquello no le agradaba.

Había muchas cosas en juego en aquellos simples papeles que debía entregar al enlace que tenían en el Berlín Oriental para que asimismo, éste los hiciera llegar al otro lado del muro.

No obstante, ella no había visto el portafolios en las manos de Sinverling.

¿Por qué?

¿Acaso...?

Incapaz de contestarse a aquella pregunta, Monique se dejó caer en uno de los sillones y por segunda vez consultó la esfera luminosa de su reloj.

Faltaban diez minutos para las doce, y ella ya había recibido las instrucciones finales.

Sinverling continuaba con la alemana en la barra del mostrador, y Monique sabía lo que aquello significaba, o creía saberlo.

También estaba segura de cómo terminaría y se preguntaba qué papel iba a representar en público, antes de la medianoche, para apartar a Olga Suttner de los brazos de Sinverling.

Continuaba pensando cuando les oyó llegar por el pasillo.

Monique se puso en pie y se acercó a la puerta llegando justo en el momento en que los dos pasaban por delante de aquella camino de las habitaciones de la alemana. Monique abrió un poco y miró.

Sinverling la tenía entre los brazos y la estaba besando.

Hizo una mueca y esperó, dispuesta ahora a plantarse en el pasillo para intervenir de una forma o de otra, y a continuación escuchó.

—¿No pasas conmigo, Kimball?

Sinverling sonrió.

—Quizá lo intente más tarde, querida —la miró fijamente y añadió—: Me gustaría estar ahí dentro contigo, y te estoy diciendo

la verdad.

—En ese caso, ¿por qué no entras ahora?

La sonrisa del agente especial de

F. B. I.,

se amplió.

—No puedo, querida —dijo—. Dentro de unos minutos tengo una cita y...

—¿Con una mujer?

—¿Qué ocurriría si te dijera que es así?

Ella arqueó una ceja.

—No me gustaría —respondió tras algunos segundos de silencio —, pero tampoco puedo hacer nada en contra —le miró ceñuda y preguntó—: ¿Te espero?

Pensando en que se había equivocado al sospechar de ella como un agente enemigo, Sinverling contesto:

—Si lo deseas, sí, aunque no te puedo decir a qué hora volveré.

—Te estaré esperando, Kimball.

Dio media vuelta volviéndole la espalda y luego, ya en el umbral se volvió a mirarle, hizo un gesto con la mano en señal de despedida y cerró la puerta.

Un poco más allá, Monique hacía lo propio en tanto que Kimball giraba sobre sus talones y se encaminaba, con exagerada lentitud, hacia la *suite de aquella*.

Llamó con los nudillos.

Una sola vez, y Monique le franqueó la entrada apartándose de la puerta para dejarle pasar.

Ya en el interior, junto a los sillones y el sofá, ambos se miraron a los ojos, estudiándose mutuamente, hasta que Sinverling rompió el silencio con una pregunta:

—¿Alguna noticia?

Monique le indicó con un gesto que se sentara y el federal lo hizo sin dejar de mirarla. Luego esperó.

Fue muy poco.

Lo que ella tardó en sentarse.

—Antes deseo saber una cosa, Sinverling —dijo.

—¿Y es...?

—La verdad sobre lo ocurrido con el portafolios.

—¿Importa eso mucho?

—En Washington creen que sí. Por otra parte, ese portafolios apareció en el apartamento de Siw O'Brien, una muchacha perteneciente al

C. I. A.,

¿no? Y luego... bueno, al día siguiente, algo ocurrió que le obligó a dejar esa cartera allí. Ella se comunicó con «B. H»...

—¿Qué le dijo el viejo?

Monique arqueó una ceja.

—Que le llevara el portafolios. Fue lo único que ha sabido de Siw, y ahora... ahora... sólo usted...

Sinverling la interrumpió con un gesto.

—¿Dónde es el contacto y a qué hora, Monique?

—Eso no voy a decírselo hasta que responda...

Por segunda vez, Sinverling la interrumpió:

—Tiene cuatro segundos para contestar, Monique —respondió fríamente—. Sólo cuatro. Transcurridos estos daré media vuelta y cruzaré el umbral de esa puerta camino del exterior. Como comprenderá, *mademoiselle Dupré, del mismo modo que usted o Siw, yo también puedo ponerme en contacto con «B. H»...*

—Si es así, inténtelo. Pero tenga cuidado al darme la espalda, Sinverling. Podría encontrarse con un balazo.

—¿Por qué?

—Porque lo mismo que no se fía de mí, yo tampoco lo hago de usted.

Sinverling no contestó, empezó a andar hacia la puerta, sin perderla de vista, y ella le llamó cuando alargo la mano hacia el tirador:

—¡Espere, Kimball!

Se volvió a mirarla de frente pero no respondió, en vista de lo cual, Monique añadió:

—A las tres de la madrugada, en la avenida de Suffren, frente a la torre Eiffel. Sinverling frunció el ceño.

—Eso está casi al otro lado de París, Monique.

—Sí, lo sé, pero ésas son las órdenes.

Sinverling no respondió.

Pensaba.

Quizá, siendo aquél en último contacto de la noche, emprendería el viaje a través del Sena, navegando durante

kilómetros y más kilómetros...

La repentina voz de Monique cortó el hilo de sus pensamientos.

—Si ve que no le da tiempo yendo en coche, tome el ferrocarril subterráneo, Kimball.

—¿Algo más?

—Nada por el momento —respondió ella.

Sinverling, dando la callada por respuesta, abrió la puerta y salió al pasillo.

Sin una vacilación se encaminó a su habitación clavando los ojos en la cerrada puerta del apartamento que ocupaba Olga y a continuación entró en el suyo.

Cerró a su espalda, completamente a oscuras tanteó el marco buscando el interruptor de la luz y la encendió.

Parpadeó un tanto asombrado porque levantándose de uno de los sillones, vio a la persona que menos esperaba ver, por lo menos allí, en el hotel.

—«F» llamando a «B. H.». «F» llamando a «B. H.». Conteste. Cambio.

Un chirrido, muy leve, luego un pequeño zumbido, y aquella voz:

—Informe, «F», cambio.

—Sinverling llegará a las tres a la avenida de Suffren.

—¿Algo más?

Monique dejó transcurrir una pausa de algunos segundos y respondió:

—No quiso dar explicación alguna respecto al portafolios y sin embargo llegó hasta a amenazarme para que le diera la hora de la cita con el último contacto.

—¿Lo hizo?

—Sí, claro.

No hubo respuesta por el momento.

Monique, con el bolígrafo extendido en su mano derecha, esperó.

De pronto de un modo repentino el timbre del teléfono empezó a sonar llenando de notas estridentes el interior de la *suite*.

—¿Qué es eso, *mademoiselle*...?

Respondió casi en el acto.

—Están llamando al teléfono. Eso es to...

—Conteste esa llamada. Cambio y fuera.

Monique guardó el bolígrafo, se puso en pie abandonando el sillón en que se sentaba y acercó a la mesita donde tenía instalado el teléfono.

Levantó el auricular.

—¿Sí...?

—¿*Mademoiselle Dupré*...?

—¡Pierre, *mon amour*! ¿Qué es lo que ocurre?

—¿Y tú lo preguntas, *ma petite*? Pierre te necesita. Quiere verte, ¿comprendes?

—¿Esta noche?

—Sí, claro, *ma chérie*.

Una complicación más con la que no había contado.

Pensó rápidamente.

—Esta noche —dijo al cabo de unos segundos de silencio—, creo que no podrá ser, Pierre, querido.

Al otro lado se hizo un pequeño silencio.

Exactamente como si Demangeot estuviera tratando de adivinar cuál era el verdadero motivo de aquella cita, hasta que respondió:

—¿Por qué, Monique?

—Tengo invitados abajo, en el salón del hotel y no puedo dejarles, Pierre —respondió—. Compréndelo. Puedes esperarme mañana por la tarde, ¿no?

Demangeot tardó otros tantos segundos en responder.

—De acuerdo, Monique —dijo—. Pierre te esperará.

Poco más hablaron ya.

Pierre fue el primero en cortar la comunicación y Monique quedó allí, junto a la mesita, con el auricular en la mano, pensando velozmente.

No sabía por qué ni a qué achacarlo, pero aquella llamada no le gustaba.

Pensó en Sinverling.

El agente del

F. B. I.,

ya habría abandonado el hotel camino de su cita de aquella noche.

¿Por qué no llamar a «B.H.»?

No debía hacerlo.

Era ella, y sólo ella, la que debía salir de aquello por sus propios medios aunque por otra parte, Pierre no podía sospechar nada fuera de lugar a no ser que...

Sí, le vigiló durante días, hora tras hora y jamás le dio a conocer, ni con un solo gesto, que el servicio de inteligencia estaba en lo cierto al creer que se trataba de un agente doble. De un agente que no vacilaría en cometer una o más muertes por apoderarse de los papeles que Sinverling había traído en el doble fondo de su portafolios.

Los agentes de Berlín, los comunistas, todos, sin excepción, darían cualquier cosa por tenerlos en su poder.

Unos papeles cuyo peso pagarían diez o mil veces en oro.

No, debía tranquilizarse.

Pierre Demangeot sólo era un amigo que trataba de seducirla y que en aquel momento, como había dicho, se mostraba impaciente porque ella había faltado a una de sus periódicas citas.

Pero ¿era eso todo?

Al formularse la pregunta, Monique repasó mentalmente todo lo ocurrido entre Demangeot y ella, en aquellos meses de mutuo contacto, hasta que llegó a la conclusión de que ella, particularmente ella, no había hecho ni dicho nada que pudiera ponerla en una situación peligrosa frente al enemigo, por muy agente doble que fuera el francés.

Esto la tranquilizó.

Pero cuando lo consiguió, eran cerca de las cuatro de la madrugada.

Se encontraba consultando el reloj de pulsera, dispuesta a irse a la cama, cuando llamaron a la puerta.

Monique se envaró, vaciló un poco y a continuación se acercó a uno de los sillones; precisamente en el que estuvo sentada durante su última entrevista con Sinverling, levantó el cojín y de debajo extrajo un revólver calibre 22 que guardó entre los senos.

Hecho esto se acercó a la puerta en el preciso instante en que volvían a llamar, de manera más perentoria.

—¿Quién es?

Hubo una ligera pausa mientras el zumbador dejaba de sonar y luego oyó la respuesta.

—Abra, por favor, es importante.

Voz de mujer.

Una voz que ella no había oído nunca.

—¿Quién es usted? —preguntó, tratando de averiguar si detrás de aquella puerta había alguien más, sin conseguirlo ya que ni el más ligero rumor se lo delató.

—Mi nombre no le dirá nada, *mademoiselle* Dupré. Abra. Se trata de míster Sinverling. Es importante.

Monique introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar franqueando el paso.

La mujer era pelirroja y muy joven.

Tan joven como hermosa.

Se apartó a un lado.

—Vamos, pase —dijo—, no se quede ahí parada.

La pelirroja cruzó el umbral y Monique cerró a espaldas de las dos.

—¿Quiere sentarse? —invitó.

Aquélla lo hizo y Monique fue a imitarla en el otro sillón en cuyo fondo, materialmente se hundió.

—¿Y bien...? —preguntó—. ¿Qué ocurre con míster Sinverling?

La pelirroja hizo una mueca.

—Estoy tratando de verle. ¿Dónde fue, por favor?

Monique entrecerró los ojos.

—Esta noche todo el mundo quiere ver a Sinverling —replicó—. Incluso la dama que se hospeda al final del pasillo, pero se da el caso de que ni ella ni yo sabemos a dónde ha ido. Dijo que tenía una cita y abandonó el hotel. La mueca que había en la boca de la pelirroja se acentuó.

—No sea estúpida, *mademoiselle* Dupré, y dígame... Pero bueno, si aún no le he dicho quién soy.

Abrió el bolso y casi en el acto oyó la voz de la francesa:

—Con cuidado, *ma chérie*, o le volaré los sesos de un balazo.

Apartó los ojos del interior del bolso y la miró.

Un revólver del 22 empuñado con mano firme y que la apuntaba al centro de los ojos.

—Sólo iba a enseñarle una cosa —respondió la pelirroja sin alterarse—. ¿Puedo?

—Cierto que sí, pero con cuidado —repitió.

La vio desgarrar el forro del bolso y a continuación sacó la mano

en cuyos dedos iba una cartulina que ella conocía demasiado bien, pero ni aún así bajó el arma.

—No se me acerque —fue lo que dijo—. Limítese a tirarla aquí, sobre el sofá.

La pelirroja lo hizo y la cartulina revoloteó durante unos segundos y a continuación cayó a su lado.

Monique sólo se movió lo indispensable para tomarla y sin perder de vista a la otra la miró.

Lorna O'Sullivan, de veinticinco años de edad, natural de Kansas, pelirroja...

Venía la descripción y una pequeña fotografía.

Los sellos eran correctos y lentamente, como con desgana, Monique se la devolvió.

Otro miembro del
C. I. A.,
que ella no conocía.

Lo mismo que Sinverling, que aquella muchacha; Siw O'Brien, y tantos y tantos otros como habría en París. Ni el propio Sinverling estaba enterado de nada.

Unas simples palabras de presentación, un gesto, una clave convenida de antemano, y aquello bastaba. Ahora no había ocurrido así tal vez porque el asunto era demasiado grave.

Como si adivinara cuáles eran sus pensamientos, la pelirroja Lorna apremió:

—Vamos, ¿dónde puedo ver a míster Sinverling?

A pesar de todo, de la tarjeta de identidad, de lo que había pensado, Monique preguntó:

—¿Para qué quiere verle?

Lorna le dedicó una sonrisa.

—Sé que ha ido a una cita, y va derecho a una trampa.

—¿Cómo lo sabe?

—Sería demasiado largo de explicar *mademoiselle Dupré*.

Siguió una ligera pausa que Monique rompió:

—Inténtelo —dijo fríamente.

Lorna soltó una exclamación entre dientes y contestó:

—Perdone, pero se está usted comportando como una imbécil y yo no puedo perder tiempo. Míster Sinverling va a una muerte cierta. ¿Dónde fue, por favor?

Monique la miró fijamente, esbozó una ligera sonrisa y añadió:

—No estoy autorizada para decírselo, *ma chérie*. ¿Comprende? Póngase en contacto con «B. H», y que él se lo diga, si quiere.

Lorna se puso en pie.

—¿Uso mi transmisor o el suyo? —preguntó.

Monique amplió su sonrisa.

—El suyo —respondió—. Entretanto, yo escucharé.

Lorna vaciló un poco y luego, como si hubiera pensado otra cosa, deshizo el movimiento y se sentó.

Monique la vio abrir el bolso, sacar el paquete de cigarrillos, cómo se ponía uno en la boca y cómo después de encenderlo quitaba la tapa de atrás del encendedor.

Cuatro segundos más tarde, oyó la voz de «B. H», hablando con perfecta claridad:

—Informe, c —dijo.

Lorna lanzó una mirada de través en dirección a Monique y contestó:

—Se trata de míster Sinverling. Va a una trampa. ¿Dónde fue?

Hubo una pausa al otro lado del hilo, que duró apenas unos segundos.

—Fue a la avenida de Suffren, pero ya es demasiado tarde para intervenir. Cambio y fuera.

Lorna, con los ojos asombrados, miró al transmisor, mudo en aquel momento, y luego los desvió hacia el rostro completamente impasible de Monique.

Preguntó:

—¿Para qué hora era la cita? Eso sí me lo puede decir, ¿verdad?

Monique sonrió.

—Para las tres, *ma petite mademoiselle* O'Sullivan. Cómo ve, demasiado tarde para intervenir.

Hubo una ligera pausa mientras que Lorna se ponía en pie.

—Gracias por todo —fue lo que dijo un segundo antes de ir hacia la puerta—, aunque lamento su terquedad —hizo una pausa que Monique no interrumpió y preguntó—: ¿Con quién era la cita?

—Con un contacto.

—¿Qué contacto?

Monique arqueó una ceja.

—¿No lo sabe? —preguntó a su vez.

—Si lo supiera, *mademoiselle Dupré*, no se lo estaría preguntando.

—Eso es precisamente lo que me ocurre a mí, ¿comprende?

Lorna estaba llegando a la puerta de salida cuando respondió:

—No, no lo comprendo.

—Pues es sencillo. Sé que tenía esa cita y el lugar y hora, pero nada más.

Lorna no respondió.

Se limitó a abrir la puerta que daba acceso al pasillo y desde el umbralladeó su hermosa y pelirroja cabeza para mirarla.

Monique no se había movido de donde se encontraba sentada.

A su lado, como algo sin vida, se encontraba el revólver del 22.

—Buenas noches, *mademoiselle Dupré* —dijo antes de cerrar a su espalda—, *espero que nos volvamos a ver.*

—Buenas noches.

Eso fue todo.

Ya en el pasillo, la pelirroja miró en ambos sentidos del mismo, lanzó una fugaz mirada en dirección a la puerta del departamento que Olga Suttner ocupaba unas cuantas puertas más allá y en silencio, moviéndose lo mismo que una pantera, lentamente, se fue acercando a la que daba acceso al dormitorio de Kimball Sinverling.

Se detuvo frente a aquélla, volvió a mirar a su alrededor y luego se acercó a la cerradura llevando en la mano derecha una dentada hoja de metal de tres milímetros de ancha.

Dos segundos más tarde entraba en la habitación.

También cerró a su espalda pero sin cuidarse de hacerlo con llave y tras lanzar una breve mirada en torno suyo empezó a registrar meticulosamente.

Mediaba el registro cuando la puerta se abrió a su espalda.

CAPÍTULO V

Lenta, muy lentamente, Sinverling cerró la puerta y la miró.

Se tambaleaba un poco, el pelo, aquel precioso pelo que le caía en cascada sobre los hombros estaba hecho un verdadero asco. La minifalda en el mismo estado que el pelo, y denotaba en toda su persona que algo grave había ocurrido.

—Siw...

La muchacha vaciló un poco y luego, con un ligero grito se precipitó hacia él por lo que Sinverling sólo tuvo que abrir los brazos para recibirla en ellos.

Unos instantes después notaba contra los suyos el ardor de sus labios y correspondió a la caricia hasta que ella misma se separó un tanto, pero no lo suficiente para que él quitara las manos de su cintura.

—¿Qué fue lo que ocurrió, Siw? ¿Quién ha hecho eso contigo?

Ella tragó saliva y sus ojos se mostraron fríos e inexpresivos cuando respondió:

—Dos hombres y una mujer, Kimball. Una mujer pelirroja.

Sinverling frunció el ceño.

—Explícame eso, ¿quieres?

Siw empezó a hacerlo mientras él se encaminaba al dormitorio por lo que fue detrás sin dejar de hablar y en tanto lo hacía le vio tomar, del interior de uno de los cajones del armario, una «Magnum» de gran calibre que se colocó bajo la axila izquierda.

Luego se volvió a mirarla.

Siw terminaba en aquel momento, diciendo:

—El reloj estalló, la oí toser y contuve la respiración mientras me acercaba a la puerta y luego... luego creo que cayó al suelo. Esto no lo sé con seguridad, pero los otros dos sí estaban muertos. Allí quedaron las automáticas que llevaba... Yo... debí terminar con ella pero no pude. No, porque ni siquiera sé cómo logré salir a la

calle y mucho menos empuñar el volante de ese coche y llegar hasta aquí —sonrió con amargura y añadió—: Y lo peor de todo es que he fracasado, Kimball. Perdí el portafolios. Ellos me lo quitaron y después de aquella paliza... no tuve ánimos ni para recordarlo... hasta que estuve muy cerca de aquí. Ahora... tendré que rendir cuentas al CIA de mi torpeza, y eso no me gusta.

Sinverling no respondió a aquello.

Simplemente la miraba, por lo que Siw añadió, en vista de su silencio:

—¿Qué es lo que ocurre aquí, entre nosotros, Kimball?

Sinverling hizo una mueca.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente que ya han muerto varios de nuestros agentes. Asesinados, Kimball, y tú lo sabes tan bien como yo. ¿Por qué? —Y ella misma se dio la respuesta cuando añadió—: Entre nosotros hay un traidor, querido. Eso es obvio. Si no fuera así, ¿cómo diablos tenían vigilada mi casa? ¿Cómo sabían que fue allí donde te llevé? ¡Lo sabían todo! Es... horrible... y ahora, ese portafolios...

—¡Olvídate de él, pequeña! —cortó Sinverling consultando de paso su reloj de pulsera.

—Pero...

—Escucha, Siw —empezó interrumpiéndola por segunda vez—. Voy a marcharme ahora, ¿comprendes? Tú vas a permanecer aquí, sin moverte, hasta que regrese. No abras a nadie mientras no oigas mi voz y aún así, procura tener cuidado por si se da el caso de que no vengo...

Antes de terminar de hablar, Siw estaba denegando con la cabeza.

—¿Qué quieres decir con ese gesto, pequeña?

—Sencillamente que no voy a quedarme sola aquí, por mucho que te empeñes.

—Quieres quitarte la espina, ¿no?

—Si puedo, sí —respondió ella—. No me encuentro muy bien, ésa es la verdad, pero voy a ir contigo o sola. Eso no importa mucho, ya que tengo un coche abajo. Ahora, querido, tú respondes.

—¿Sabes a dónde voy?

—A efectuar el último contacto, Kimball... sin el portafolios; lo que me hace suponer...

—Algo que no debes decir, pequeña —interrumpió Sinverling, una vez más.

Se acercó a la puerta.

Desde el centro de la habitación, Siw le miró vacilante y luego salió detrás de él, alcanzándole en el pasillo.

Sinverling la miró y no dijo nada.

En aquel momento no le agradaba su compañía pero la comprendía.

Él, en su lugar, hubiera hecho lo mismo.

Agente o no agente del CIA americano, no dejaba de ser una simple mujer.

Valiente, decidida, inteligente, pero mujer.

Tenía miedo y eso era completamente humano. Se le pasaría, lo que también era privilegio de la humanidad entera, y contra aquello nada tenía que decir.

—¿Por dónde?

Sinverling consultó el reloj.

—Supongo que a esta hora de la madrugada —dijo—, todavía habrá personal en el salón. Por lo tanto saldremos por la puerta de atrás.

Siw le siguió hasta que alcanzaron la salida.

Frente al volante, cuando sacó el coche del garaje del hotel, ya en plena calle, Sinverling empezó a hablar.

—Vas a quedarte dentro del coche, ¿comprendes, Siw?

—¿Cuándo?

Pero sabía la respuesta a su pregunta desde mucho antes que el federal la formulara.

—Tan pronto como nos acerquemos al lugar de la cita, abandonaré el coche y continuaré a pie. Tú puedes vigilar aquí dentro. Bajo el asiento encontrarás algunas cosas con las cuales y en contados minutos puedes fabricarte un pequeño juguete. Una vez lo tengas en las manos, querida, dispara primero y pregunta después. Y tira a matar, ¿comprendes?

—Sí, lo sé... y puedes ir tranquilo. No fallaré.

Pero no quiso decirle que si no fallaría sería porque precisamente él, sería el que se encontraría en peligro.

—Eso espero, Siw —fue la respuesta que obtuvo de Sinverling.

Callaron.

Miró por la ventanilla.

Las luces, los tubos neón, la gente yendo de un lado para otro por las aceras, en el interior de una ciudad que jamás dormía.

Una ciudad llena de amor, de luces, de humor; una ciudad, en fin, que era conceptuada como la novia del mundo, pero que para ellos dos estaba llena de mortal veneno. Calladamente, Sinverling consultó el reloj.

Había tiempo más que sobrado para llegar a la Avenida de Suffren.

Como si se hubiera dado cuenta de su gesto a pesar de continuar mirando el ir y venir de los peatones y las luces multicolores que brillaban en la noche parisina, como estrellas, Siw preguntó:

—¿Llegaremos a tiempo?

Sinverling sonrió.

—Sí.

Una sola palabra mientras el coche, con un golpe de volante, alcanzaba la avenida de Tourville en su marcha hacia la de Motte Piquet y desde allí hasta su punto de destino.

—Dentro de media hora estaremos allí, preciosa.

Siw abandonó su observación y le miró.

Era extraño todo, muy extraño.

Ahora se pertenecían mutuamente y aquello era para ella sencillamente hermoso en sangriento contraste con la muerte que les acechaba.

—Mira hacia atrás y dime si nos siguen.

Siw, siempre sin contestar, hizo lo indicado y por espacio de varios minutos contempló la ancha avenida que tenía a su espalda hasta que terminó por clavar los ojos en su perfil.

—Es imposible saberlo, Kimball —dijo—. Aquí, el tráfico no decrece durante las veinticuatro horas del día.

—Sí, lo sé, y eso es lo que temía que dijeras.

—¿Por qué? ¿Sospechas que sea así?

—No menosprecies al enemigo, pequeña —replicó Sinverling—. Casi apostarí.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué sospechas que nos están siguiendo?

—Es sólo un decir, muchacha.

Una vez más callaron.

Estaban entrando en la avenida de Suffren.

Al fondo, impresionante en su grandeza, la torre Eiffel.

Sinverling empezó a disminuir la velocidad hasta que detuvo el coche en el bordillo.

—Desde aquí, pequeña —dijo volviéndose a mirarla—, voy a continuar a pie. Tan pronto como abandone el auto, levanta el asiento y ponte a trabajar.

Siw asintió en silencio.

Detrás del coche, pero separado por una distancia de cincuenta yardas, un «Lancia» se detuvo y apagó los faros de ciudad.

—¿Y ahora, qué?

—Hay que esperar un poco. La cita puede ser aquí o más adelante.

Pierre Demangeot hizo una mueca y miró a su acompañante.

Alto, huesudo, con bigote sombreado su labio superior, una perilla, el resto como otro hombre cualquiera.

Una figura masculina que no llamaría la atención en ninguna parte, ni aunque fuera vestido de frac.

Anatole.

Nada más que aquello.

Ése era el nombre que le había dado y por el que se le conocía en ciertos centros oficiales y en no menos cierta Embajada en París.

Demangeot había vendido infinidad de información a aquella Embajada y siempre por mediación de Anatole. Un hombre que hablaba varios idiomas a la perfección, entre ellos el francés y el español.

Un nombre francés que nada significaba porque había nacido al otro lado del telón de acero.

Ahora, según Anatole, la información que Sinverling había llevado a París, era de vital importancia para ellos, y para los agentes que había al otro lado del muro de Berlín.

Aquello último sobre todo.

De los dos, fue Pierre el que rompió el silencio.

—Sinverling está saliendo del coche —dijo.

Pero no hacía falta porque Anatole ya lo había visto.

—¿Cuándo intervendremos? —preguntó ahora.

Anatole le miró.

—Cuando estén juntos —hizo una pausa y preguntó—: ¿Está

seguro de que ese agente lleva los papeles en el bolsillo?

—Sí, seguro.

—Si no es así, si fracasamos, le haré responsable delante de mi país, Pierre. Usted ya sabe lo que eso significa, ¿verdad?

Los ojos de Demangeot se helaron.

—Creo —dijo calmadamente y a pesar de aquella expresión—, que las amenazas entre los dos huelgan. Si fracasamos no será ciertamente por mi culpa y usted lo sabe. Pero no obstante, si no le vendo a ustedes, puedo hacerlo en otros lugares, y eso también lo sabe usted.

Anatole no respondió.

Sabía que el francés llevaba razón.

Frente a ellos, sin volver la cabeza hacia atrás, Sinverling, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, avanzaba un tanto apresuradamente en dirección al Sena dejando la torre Eiffel a su derecha.

En el interior del coche, completamente agachada para dar la impresión a los coches que aún circulaban de vez en cuando, de que aquél estaba completamente vacío, Siw empezaba a montar una pequeña pistola ametralladora.

Luego, con aquella sobre el asiento contiguo, empuñaría el volante y seguiría a Sinverling.

Desde lejos, pero lo haría.

Él no se lo había dicho, pero una vez más, iba a desobedecer una orden.

Más atrás, en el interior del «Lancia», Pierre apremió:

—Lo estamos perdiendo de vista. ¿Es que no se da cuenta?

Anatole esbozó una fría sonrisa.

—No se impacienta, Pierre —dijo—. Iremos tras él dentro de unos minutos.

En el interior del coche de Sinverling, Siw terminó de montar la pistola ametralladora, la colocó a su lado, sobre el asiento, como ya había pensado, y se colocó frente al volante con la mano en el cambio de marchas, uno de los pies en el embrague y el otro en el acelerador.

Entretanto, el motor funcionaba suavemente al ralentí.

Miró por el espejo retrovisor justo en el momento en que el «Lancia» se despegaba del bordillo y empezaba a ganar velocidad

por momentos.

Siw ladeó la cabeza hacia la ventanilla izquierda y clavó sus insondables ojos en el coche que avanzaba cada vez más rápidamente y que pronto alcanzaría la altura del suyo.

En su interior, Pierre volvió a romper el silencio.

—Le hemos perdido de vista.

Anatole le mostró sus dientes en una nueva sonrisa.

—Lo encontraremos, descuide —dijo—. A pie no puede ir muy lejos.

Pasaron junto al coche de Sinverling, sin lanzarle una sola mirada, y continuaron hacia el Sena, el uno atento a conducir y el otro observando la avenida a través del cristal de la ventanilla lateral derecha.

—Allí está.

Anatole no contestó.

También lo había visto, ahora andando muy cerca de los árboles, sin sacar las manos de los bolsillos, perfectamente tranquilo, como si en vez de ir a una cita que quizá significara la muerte, fuera al encuentro de cualquier muchacha.

Repentinamente, Sinverling se detuvo y lanzó una fugaz mirada alrededor, en tanto que el «Lancia» se detenía a menos de treinta yardas, y consultó el reloj.

Faltaban cinco minutos justos para la cita.

Continuó andando, siempre hacia el río.

Diez, quince, veinte, treinta yardas, treinta y cinco... y entonces una sombra se materializó surgiendo inopinadamente de detrás de uno de los árboles.

Un hombre.

Sinverling continuó andando sin sacar las manos de los bolsillos, llegó a su altura, lo rebasó, y al dar un par de pasos más, el otro preguntó:

—¿Podría decirme la hora que es?

Sinverling se detuvo y se volvió en redondo.

—¿Qué fue lo que le ocurrió a su reloj, amigo?

El otro se encogió de hombros.

—Creo... que tuve que llevarle a la casa de empeño.

Sinverling se acercó lentamente.

Su mano derecha, la única que ahora tenía dentro del bolsillo, se

crispó en torno a la culata del revólver mientras que la «Magnum» reposaba en la funda de la axila.

—Identifíquese, ¿quiere?

—Paul von Sohrel —dijo.

Aquello era una mentira tan grande como una catedral y Sinverling lo sabía por lo que se acercó un poco más.

—Sinverling, del FBI —respondió.

—Lo sé. ¿Tiene esas listas?

—Sí.

—Correcto, démelas.

Sinverling introdujo la mano izquierda en el bolsillo interior de la americana y extrajo un alargado y blanco sobre.

—Verifíquelas —dijo al entregárselas.

—Lo haré luego, cuando me encuentre viajando hacia allá.

Hizo ademán de guardarlo y en aquel momento hasta los oídos de ambos llegó el potente zumbido de un motor, lanzado a toda velocidad al mismo tiempo que los faros de carretera les iluminaban completamente.

—¡Cuidado, Von...!

El ruido de las explosiones de una metralleta le hirió el oído justo en el momento en que se lanzó contra Von Sohrel y el «Lancia» pasaba por su lado como una flecha.

Ambos rodaron por el suelo.

Sinverling perdió el revólver que sacó del bolsillo un segundo antes de lanzarse contra el pseudoalemán y frenéticamente llevó la mano a la funda de la axila, en busca de la «Magnum», cuando el «Lancia» se detenía en seco haciendo chirriar las cubiertas sobre el asfalto.

Eran dos.

Sinverling les vio correr hacia él, y algo más; la metralleta que Pierre Demangeot llevaba en las manos y dio un par de vueltas sobre sí mismo hurtando el cuerpo, por puro milagro, al chorro de balas de la primera ráfaga y que se estrelló contra el tronco de uno de los árboles partiéndolo casi en dos.

La siguiente le sorprendió cuando saltaba hacia un macizo de flores. A su espalda oyó un alarido de agonía mezclado con los rápidos estampidos del arma y apretó el gatillo de la «Magnum».

Demangeot se detuvo en seco, la metralleta escapó de su mano,

dio una vuelta sobre sí mismo y se estrelló contra la amplia acera mientras que ahora, Anatole empezaba a retroceder sin dejar de disparar la automática que empuñaba sembrando de proyectiles el lugar donde Sinverling se encontraba, pero si tocarle por puro milagro.

Entró en el «Lancia» y lo puso en marcha en el preciso instante en que Siw, frente al volante del de Sinverling, aparecía a toda velocidad.

Ni siquiera vio su figura cuando tambaleándose se levantaba y tampoco el cuerpo segado del otro agente, unas yardas más allá, caído boca abajo.

Para ella, en aquel momento, sólo existía una cosa, el coche que iba delante rodando cada vez más deprisa.

Conduciendo con una mano, mientras que con la otra empuñaba la pistola ametralladora, Siw continuó detrás sin oír las voces de Sinverling que le ordenaba detenerse.

La carrera fue muy corta.

Justo hasta el centro del puente sobre el Sena.

El «Lancia» se encontraba muy cerca, a menos de quince yardas por delante del motor de su coche cuando Siw tomó el volante con la mano derecha, sacó la izquierda armada con la pistola ametralladora, por la ventanilla de aquel mismo lado y apretó el disparador.

Las primeras balas chirriaron sobre el asfalto, en dirección al automóvil que huía, y el resto se hundió materialmente en su trasera.

El «Lancia» dio un bandazo.

En su interior, Anatole luchó como un loco por dominar el coche sin conseguirlo en tanto que a su espalda, Siw empezaba a aplicar los frenos del suyo con objeto de abandonarlo y salir fuera para ventilar sobre el puente, y de una vez por todas, aquella cuenta.

No hizo falta.

El «Lancia» se subió a la acera, sin disminuir la velocidad, se estrelló contra uno de los laterales del puente y luego saltó al vacío.

Siw cerró los ojos y por espacio de unos segundos su hermosa cabeza cayó sobre su pecho, hasta que repentinamente se rehízo.

Puso marcha atrás, maniobró hábilmente y a toda velocidad empezó a retroceder con el pensamiento puesto en Kimball

Sinverling y sobre todo, en que de un momento a otro la policía parisina aparecería por allí.

Había que darse prisa en efectuar la huida.

Unos segundos de retraso y todo se habría perdido para ella, y quizá para el propio Sinverling si es que no había muerto.

CAPÍTULO VI

Lorna oyó el suave rumor de la puerta a su espalda y por unos segundos su mano derecha se inmovilizó sobre la ropa interior del cajón que estaba registrando y a continuación continuó como si tal cosa, pero con el oído atento al menor ruido que sonora a su espalda.

No lo hubo.

Cerró el cajón y se irguió.

Su mano derecha, subió hasta el escote de la blusa y se introdujo allí.

De este modo dio un par de pasos de costado, hacia una mesita adosada a la pared que tenía a su izquierda, dio el tercero y entonces oyó una voz hartó conocida:

—Vuélvase, pero con cuidado, Lorna.

Lo hizo, pero no del modo que Monique esperaba.

Primero se dejó caer al suelo, a plomo, y luego se retorció sobre la alfombra, como una serpiente, hasta enfrentarla mientras que la bala que contra ella disparaba Monique le chamuscaba los pelos de la cabeza.

Y aquello fue lo que pudo hacer la francesa ya que al segundo siguiente vio frente a sí misma el cañón de una automática parecida a un juguete posiblemente del calibre 6'35, yladeó el cañón de la suya pero como se ha dicho, no tuvo tiempo para disparar por segunda vez porque en aquel momento le alcanzó en el centro de la frente la bala de la pequeña automática.

Cayó hacia atrás, sin un leve gemido, con los brazos en cruz, cuando ya Lorna se estaba poniendo en pie luego de guardar el arma.

—Lo siento, *ma petite parisién* —dijo un segundo antes de ir hacia la puerta—, pero en este juego, todo termina así, y tú siempre lo has sabido.

Pegó el oído a la madera.

No estaba segura de que los disparos se hubieran oído desde fuera pero al parecer no era así ya que en aquella parte del hotel todo era silencio.

La abrió asomándose con precaución.

El pasillo estaba completamente desierto.

Lorna abandonó el dormitorio de Sinverling y caminó hacia la escalera pausadamente, con carencia absoluta de nervios, y alcanzó el bar, abierto aún a aquella hora.

Se subió a uno de los taburetes y se enfrentó al *barman que con cara de aburrido se acercaba a ella desde el otro extremo del largo mostrador.*

—¿Qué va a tomar, *mademoiselle*? —preguntó en un detestable inglés.

—*Whisky.*

Se lo sirvió, y como viera que continuaba observándola en silencio, sin atreverse a dirigirle la palabra, sabiendo que le extrañaba su presencia allí, Lorna le dedicó una sonrisa y preguntó:

—¿Sabe si un hombre llamado Kimball Sinverling se hospeda aquí?

El *barman le devolvió la sonrisa.*

—Sí, pero ahora quizá no se encuentre en el hotel. ¿Por qué no pregunta en conserjería?

—Eso es lo que haré tan pronto como termine con este *whisky* —respondió—. Y gracias.

—A usted, *mademoiselle.*

No respondió.

Tomó el vaso y empezó a beber.

Lentamente, lanzando fugaces miradas a la puerta de entrada que tenía a su espalda y que veía perfectamente a través del cristal del espejo que había tras el mostrador.

Terminó el *whisky.*

Abrió el bolso, extrajo unas cuantas monedas y las depositó sobre el mostrador, junto al vaso.

Casi en el acto le llegó la voz del *barman.*

—Si lo desea, *mademoiselle, puedo darle el recado que quiera a monsieur Sinverling, en el caso de que como le dije no se*

encuentre en el hotel.

Lorna sonrió.

—Gracias, pero no hace falta. El asunto es personal. Por tanto volveré mañana. Buenas noches.

No esperó respuesta.

Saltó al suelo y avanzó hacia la puerta.

No sabía lo que había ocurrido, pero Sinverling no regresaba al hotel y aquello era un nuevo contratiempo. Quizás el peor que se le había presentado desde que el CIA la enviara a París para...

Dejó de pensar.

Cruzó el salón en dirección a la puerta de la calle y salió con el bolso en bandolera en cuyo interior reposaba una pesada automática de respetable aspecto.

Una pistola que aquella noche no había sido disparada, pero que podía ocurrir que así fuera, en un caso determinado.

Sobre la acera, Lorna miró en todas direcciones.

Sinverling no regresaba y ya era tiempo de que lo hubiera hecho si es que estaba vivo lo que significaría que todo había fracasado y que ella tendría que abandonar París por mediación de...

Por otra parte, Pierre Demangeot tampoco venía a recogerla.

Pierre y Anatole.

Consultó el reloj.

Pasaba más de tres cuartos de hora de lo previsto y ella sabía que un solo minuto significaba, la mayoría de las veces, la muerte en aquel juego.

Empezó a andar por la acera con los ojos fijos en el ir y venir de los coches que desembocaban en la plaza de Italia por distintos puntos, pero ninguno de ellos era el «Lancia» que debía traer a Pierre y con aquello el montón de billetes que esperaba.

Alcanzaba la avenida Italia cuando se detuvo para mirar atrás.

El edificio del hotel se mostraba delante de sus ojos como una mole imponente y tranquila, algunas de cuyas ventanas, a pesar de la hora, se encontraban iluminadas.

Súbitamente, Lorna se decidió.

¿Para qué esperar más?

Era inútil hacerlo además de una imbecilidad.

Entonces apresuró el paso y empezó a andar, buscando una cabina telefónica.

Lorna se detuvo frente a la puerta y miró alrededor.

Nadie la seguía.

Abrió y entró.

Cuatro números... y el quinto.

Y los cinco bailando en el interior de su mente una macabra danza.

Mejor dicho; una danza infernal.

Tomó el auricular y empezó a discar.

Al otro lado hubo un leve zumbido y adivinó que en aquel momento, junto a aquel teléfono privado, un hombre posiblemente dormía, o quizá no, si estaba esperando resultados, lo mismo que ella esperó:

La súbita voz, hablando en francés pero con fuerte acento extranjero, sonando en su oído, interrumpió el hilo de sus meditaciones.

—Embajada de...

Lorna sonrió.

—Lorna O'Sullivan —respondió—. Atienda que...

La maldición la interrumpió y luego las secas palabras que como disparos sonaron en el interior de su mente.

—¡Le dije que jamás llamara a este número, *madeimoselle!*, ¿entiende? *Que no lo hiciera a no ser que...*

—Es importante, embajador —aseguró ella—. Escuche y verá.

No esperó ser interrumpida sino que rápidamente empezó a explicar lo ocurrido pero silenció el asesinato de Monique, y terminó diciendo:

—Ese silencio sólo quiere decir una cosa, y usted la sabe. La cita conmigo era para las cuatro de la madrugada y como ve, no tardará en amanecer. Y en la Embajada, ¿se sabe algo?

Hubo una pausa al otro lado de la línea que se cortó de una manera repentina, pero no recibió respuesta a su pregunta final.

—Vaya allá, y averigüe lo que pasó, *mademoiselle*. *De usted nadie sospecha*.

Pero las ideas de Lorna eran muy otras por lo que respondió:

—¿Sola?

—Exactamente.

—No lo haré.

—¿Qué significan sus palabras? Es una orden, *mademoi...*

—Usted no me las puede dar, embajador, y lo sabe. No trabajo sólo para usted, ¿comprende? Ahora, si me escucha sin interrumpirme, le explicaré algo, aunque antes deseo hacerle una pregunta —calló, para añadir casi a continuación y en vista de que no era interrumpida—: Le siguen interesando esos papeles, ¿verdad?

—Eso no se pregunta, *mademoiselle* —*fue la respuesta que obtuvo—. Oiga, ¿no los tendrá usted?*

—No, lo que es una desgracia. Tuve el portafolios en mis manos pero estaba vacío. Ahora, si alguien en París sabe dónde se encuentran, ese alguien se llama Kimball.

Sinverling. Va comprendiendo, ¿verdad?

—¿Acaso sabe dónde está el americano?

Lorna pensó en el hotel Italie y respondió:

—No, en este momento no, pero sé a dónde se dirigirá.

—¿Está segura?

Lentamente, Lorna empezó a hablar, desgranando a través del auricular el plan que había esbozado. El único factible dadas las circunstancias.

Al terminar, tras unos segundos de silencio, la respuesta fue:

—Dentro de media hora, en la avenida D'Yvry.

Lorna cortó la comunicación y abandonó la cabina.

Cinco minutos más tarde se encontraba andando en dirección a la estación del Metro.

Descendió en plena avenida D'Yvry y anduvo hasta uno de los bancos del paseo donde se sentó.

Encendió un cigarrillo mirando alrededor.

Había silenciado la muerte de Monique Dupré sólo por una cosa.

Por el momento no deseaba que el embajador de... lo supiera; tenía miedo de que al enterarse la dejara sola en París, y aquello sería su muerte si al mismo tiempo se le antojaba dar un telefonazo a la de los Estados Unidos; llamada anónima claro, pero dando unos datos completamente inapreciables sobre su persona.

Si esto ocurría, no habría un solo lugar en Europa donde la CIA no fuera a buscarla. Tan sólo uno en el mundo: El otro lado del telón, pero nunca llegaría.

La cazarían antes.

De eso, Lorna estaba segura.

Ahora, si su plan daba resultado, aquellos repetidos fracasos se olvidarían, y aquélla era otra de las cosas de la que estaba completamente segura.

El coche, un «Citroën» del último modelo, grande, largo y negro, se detuvo frente a ella llevando todas las luces apagadas y Lorna se puso en pie, avanzó unos pasos y entonces vio la mano, enguantada, que la llamaba.

Se acercó mientras una de las portezuelas se abría.

Los hombres eran dos.

Uno en la parte de atrás y otro frente al volante.

Lorna se instaló junto a este último.

—¿Hacia dónde, *mademoiselle*?

Sonriendo, Lorna dio la dirección y el «Citroën» se puso en marcha.

Cerró los ojos, se recostó contra el respaldo y volvió a sonreír, pero ahora su sonrisa no pasó de labios para fuera.

Venciendo la repugnancia que el espectáculo le producía, maldiciendo entre dientes, se inclinó sobre él y le registró.

La cartera, el encendedor, la caja de cerillas y el reloj pasaron a su poder con lo que no quedó signo de identificación alguna sobre el cadáver del llamado Von Sohél.

Hecho esto, y mientras a sus oídos llegaban las un tanto lejanas explosiones de una pistola ametralladora, Sinverling corrió hacia el caído Demangeot e hizo lo propio con él.

Al terminar miró alrededor y de nuevo maldijo a todas las mujeres habidas y por haber.

Necesitaba un coche para salir de allí a escape si no quería que los miembros de la Sûreté se le echarán encima como perros de presa.

No lo tenía.

Ahora, por delante y por detrás de él, la magnífica avenida se mostraba vacía de todo automóvil.

En dirección al Sena, los disparos habían cesado.

Sinverling, llevando la «Magnum» en el bolsillo de la americana y la mano derecha agarrotada en torno a su culata, empezó a andar en aquella dirección.

Si aquella loca de Siw había salido bien de su suicida

persecución, volvería a buscarle.

Vio los faros del coche cuando apenas si había andado unas cincuenta yardas.

Conducía en los de carretera, haciendo señales con los mismos, y Sinverling abandonó el amparo de los árboles, saltó a la calzada y empezó a cruzar.

Llegaba al centro de la avenida cuando Siw empezó a pisar el freno y se detuvo justo al llegar a su altura llevando ya una de las portezuelas abiertas.

Sinverling subió al coche.

—Vamos, rápido.

Pero no hacía falta la recomendación.

Siw «pisaba» a fondo y el coche se lanzó hacia delante lo mismo que una centella.

—Ten cuidado con los cruces, querida —dijo—. No me gustaría perder el pellejo en este momento que casi todo se está terminando.

Mirándole de soslayo a través del retrovisor, Siw respondió con una pregunta que sonó un tanto burlona a sus oídos:

—¿De verdad?

Sinverling la miró.

Siw continuaba conduciendo sin apartar los ojos de lo que tenía delante del parabrisas.

—¿Tú no lo crees así? —preguntó a su vez.

Ella tardó en contestar unos cuantos segundos y cuando lo hizo le acusó:

—Tú ya sabes quién es, Kimball, querido, ¿verdad?

Sinverling hizo una mueca.

—Hasta hace unos minutos lo creía así, pero ahora ya no, pequeña —respondió.

La vio arquear una ceja.

—¿No...? Explícate, ¿quieres?

Sinverling dudó un poco y finalmente dijo la verdad de lo que pensaba.

—Creí que eras tú, Siw —dijo.

—¡Kimball!

Había dolorosa sorpresa en la voz de la muchacha por lo que no contestó hasta que transcurrieron unos cuantos minutos, al cabo de los cuales preguntó en vista de que ya no añadía nada más:

—¿Molesta conmigo, pequeña?

—No. Dolida. Eso es todo.

Siguió otra pausa hasta que él formuló una nueva pregunta:

—¿Lo estarás cuando de nuevo te tome en mis brazos, Siw?

—Y... ¿y cuándo será eso, Kimball? —susurró.

—Pronto, querida, muy pronto.

—¿Qué tal de pronto?

—Quizás esta misma noche, Siw.

—Estaré impaciente hasta esa hora, querido.

Callaron.

Y fue mucho más tarde cuando Kimball preguntó:

—¿Adónde vamos por aquí, pequeña?

Siw sonrió.

—Hacia el *boulevard* Peripherique, Kimball. Desde allí alcanzaremos la avenida de Italia y luego el hotel.

—Estás dando un gran rodeo, muchacho. Y está amaneciendo.

—Sí, lo sé, pero estoy tratando de despistar a un posible seguidor. No deseo que los hechos de esta madrugada se repitan, querido.

Kimball Sinverling tampoco lo deseaba por lo que dando la callada por respuesta dejó de mirarle las piernas y volviendo la cabeza se dedicó a observar el exterior a través de la ventanilla.

Sobre las nueve de la mañana alcanzaron la plaza de Italia, pero ninguno de los dos llegó al hotel.

Una cuadra antes de llegar a la esquina para desembocar en aquélla, Siw aplicó el freno y detuvo el coche junto al bordillo de la acera.

En el acto clavó los ojos en Sinverling.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? —preguntó mirándole con expresión preocupada.

Sinverling no respondió.

Miraba.

Parte del tráfico rodado se había detenido y había aglomeración en las aceras y un par de coches de la Sûreté.

—No lo sé —respondió por fin—, pero será mejor que salgas del coche y averigües algo.

—¿Por qué precisamente yo, querido?

Sinverling esbozó una fría sonrisa.

—Estoy pensando que... Bueno, pudo ocurrir en el hotel, y yo me hospedo allí, ¿comprendes? No me gustaría que la policía francesa se fijara demasiado en mí.

Antes de terminar de hablar, Siw ya había abierto la portezuela.

Y antes de abandonar el coche, preguntó:

—¿Recuerdas la dirección de mi apartamento?

Sinverling respondió con otra pregunta:

—¿Crees que podría olvidarla?

—No, supongo que no; en cuyo caso, si me tardo más de un cuarto de hora, toma el volante y ve allí, y espérame hasta que regrese, querido.

Le lanzó un beso con la punta de los dedos y saltó del coche sobre la acera.

Sinverling la vio abrirse paso por entre la gente y esperó con los nervios en tensión mientras del bolsillo sacaba el paquete de cigarrillos.

Encendió uno.

Casi terminaba de consumirlo cuando la vio surgir junto a una de las ventanillas y se apresuró a abrir la portezuela. Siw se colocó a su lado, una vez más frente al volante, y empezó a hablar casi a continuación.

—Mataron a una mujer en tu apartamento, Kimball —dijo.

Sinverling entrecerró los ojos.

—¿Averiguaste quién era?

—Sí, y confieso que no me costó mucho trabajo hacerlo. Se trata de Monique Dupré —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Quién lo hizo, Kimball? Tú lo sabes, ¿verdad? Ahora sí lo sabes. Dímelo, ¿quién es el que está jugando con nosotros al mismo tiempo que con el Servicio Secreto Inglés, el CIA y el propio Washington? ¿Quién, Kimball?

—¿Cómo estás tan segura de que yo lo sé, muchacha?

Siw embragó y puso el coche en marcha.

Contestó tan pronto como éste empezó a rodar después de haber dado media vuelta con objeto de alcanzar la calle de Tolbiac para luego virar hacia la calle de Juana de Arco:

—No lo sé —dijo—, pero me das esa impresión, ahora que ya no sospechas de mí.

—¿Todavía molesta conmigo? —preguntó sin querer hacer

mucho caso a sus preguntas.

—No, ahora no.

—¿Por qué?

—Porque sé que me amas.

Sinverling arqueó una ceja y repitió, seguro de que su respuesta, la que daba en aquel momento, servía para el caso:

—¿Cómo estás tan segura de eso, muchacha?

Siw sonrió dando la callada por respuesta.

CAPÍTULO VII

Siguió un silencio que se alargó un poco hasta que el propio Sinverling lo rompió.

—Antes de que lleguemos, pequeña, detén el coche en cualquier lugar apartado. Sin formular una sola pregunta, un cuarto de hora más tarde, Siw lo hizo así. Volvió la cabeza para mirarle.

Con su pequeño transmisor de bolsillo en la mano, Sinverling la observaba a su vez.

—Será mejor que eches un vistazo por ahí, Siw —dijo.

Comprendiéndole, ella miró los alrededores a través de la ventanilla en tanto que él empezaba a transmitir.

—«Llamando a B.H». «... llamando a B. H.». Conteste. Cambio.

Hubo el pequeño pitido de siempre y la respuesta también fue la misma:

—Informe.

—Hay un tumulto en el hotel Italie —empezó—. ¿Lo sabe?

—Mataron a la *petite mademoiselle* Dupré, y ahora la Sûreté le busca a usted —siguió una pausa, tan leve como la brisa y la misma voz preguntó—: Eso, por el momento, aunque nos duela, no importa. ¿Dónde están esos papeles?

—Los tengo yo.

Una nueva pausa y surgió la respuesta, seca, como el chirrido de una puerta sin engrasar.

—No eran ésas nuestras noticias, sino que se dejó el portafolios en el dormitorio de *miss* Siw O'Brien y que ella lo perdió más tarde. ¿Tuvo noticias?

—Me deje el portafolios, sí, pero se encontraba vacío. En cuanto a *miss* O'Brien, en este momento se encuentra a mi lado, sana y salva —calló por espacio de unos segundos y prosiguió—: Von Sohél murió casi partido en dos por la metralleta de un francés y esos papeles continúan en mi poder. ¿Dónde será el próximo

contacto? Cambio.

Silencio, largo y espeso, pero se encontraba al otro lado con el transmisor abierto por lo que Sinverling esperó.

Segundos; unos segundos más, y oyó la respuesta:

—No habrá otro contacto. Cambio.

—De acuerdo. ¿Instrucciones? Ahora nos dirigíamos a la casa de miss O'Brien pero si hay contraorden... Cambio.

No hubo silencio alguno ya que la respuesta sonó al instante.

—Es lo más seguro. Vayan allí y esperen. Y usted no salga para nada a la calle, ¿entiende? No, hasta que logremos enviarle a Nueva York. En el interior de su apartamento del hotel Italie, como cosa lógica, se han encontrado miles de huellas digitales suyas. Vaya con la muchacha y suerte. Cambio y fuera.

Sinverling guardó el transmisor mientras ella preguntaba:

—¿Nos vamos?

—Sí, claro.

Pero era obvio para Siw que estaba pensando en otra cosa.

Preguntó poniendo el coche en marcha:

—¿Por qué no habrá otro contacto, Kimball?

Sinverling miró su perfil, admirándola una vez más y respondió:

—Es lo que yo haría en el lugar de «B. H.», preciosa —dijo—. Esperar mientras demos con ese agente doble. Esperar y sólo esperar.

Siw tardó en contestar.

Cuando lo hizo fue para decir la verdad de lo que estaba pensando en aquel momento:

—No obstante, esos papeles son vitales para todos nosotros, Kimball. El retraso sólo supondrá varias vidas más de las nuestras.

Llevaba razón, pero Kimball no se la dio.

Ni siquiera respondió, por lo que continuaron en silencio acercándose más y más hacia el apartamento de Siw y con aquello al verdadero destino de los dos.

—Estamos llegando, *mon amour* —dijo ella, de pronto.

Sinverling tampoco contestó.

Estaba pensando.

Con precisión asombrosa repasaba en el interior de su mente todos los sucesos ocurridos desde que pisara la pista de cemento del aeropuerto de Orly, hasta el momento presente, pero erró en una

cosa: en que no supo predecir lo que iba a ocurrir dentro de unos momentos.

Les miró a los dos.

Uno sentado en una silla, observando sus piernas, como si jamás hubiera visto a una mujer con minifalda, y el otro, vuelto de espaldas, examinando la calle a través de los cristales de la ventana.

El silencio en el interior del apartamento era espeso, opresivo.

La espera angustiosa.

Hasta que de un modo repentino, el que se encontraba sentado frente a ella apartó los ojos de donde no debía y miró a su secuz.

—¿Todavía nada, Lajos?

El llamado Lajos no se dignó volverse cuando contestó:

—Nada, y eso es lo que me extraña.

—¿Sí...? ¿Por qué?

Fue ella la que formuló la pregunta y los dos a un tiempo se volvieron a mirarla.

—¿A usted no, *miss* O'Sullivan?

—No, desde luego que no —respondió secamente.

Los dos se miraron durante unos segundos y fue Lajos el que respondió:

—A nuestra Embajada no le gusta esta demora, ¿comprende? Por tanto...

Lorna le interrumpió:

—Por tanto, ¿qué?

—Pues... que si dentro de media hora no se encuentra aquí, nos tendremos que ir. Son las órdenes, *miss* O'Sullivan.

Lorna pensó rápidamente.

—Escúchenme los dos —respondió fríamente—; al parecer olvidan que todos estamos dentro de este barco, ¿no? Pues es así, aunque su embajador no lo desee, ¿comprende?

Por tanto, si se hunde, nos hundiremos todos. Eso es seguro.

—¿Y va a culpamos de su fracaso?

Los ojos de Lorna chispearon.

—Yo no fracasé. Si ocurrió así fue cosa de Demangeot que no se presentó al encuentro del americano tal vez por causa de Monique... o por algo completamente inexplicable. No olviden que ambos eran amantes.

—Eso no importa. Usted, según tengo entendido, ya recibió una parte por esos papeles y...

La risa seca y sin estridencias de Lorna le interrumpió mientras que el otro, en silencio, regresaba los ojos a la calle.

—Esa cantidad o cantidades se pueden devolver, Lajos.

El otro sonrió.

—¿Cree que con eso es suficiente, *miss* O'Sullivan?

Lorna sabía que no, pero no le dio la razón.

Tampoco respondió.

Calló, entrecerró los ojos y los clavó en un punto inconcreto de la pared opuesta. Meditaba.

Y haciéndolo se preguntaba si no se habría equivocado otra vez, si todo saldría mal. ¿Qué hacer? ¿Tratar de engañarles y huir completamente sola? Pero ¿dónde?

Ya era demasiado tarde para retroceder, demasiado tarde para tratar de buscar un resquicio por dónde escapar si las cosas se daban mal.

Sólo cabía una cosa; hacer lo que estaba haciendo: esperar.

Los minutos corrían de un modo lento, desesperante; el sol se encontraba bastante alto y pronto, muy pronto, darían las once de la mañana.

No le gustaba aquello, no le gustaba trabajar de aquel modo, a plena luz del día, pero era una emergencia y por otra parte nada podía hacer en contra.

Les miró a los dos.

El uno continuaba admirando sus piernas y el otro todo lo que ocurría abajo, en la calle. De allí, de aquel último punto tenía que venir la salvación para ella y la culminación de todas sus ambiciones. Un millón de dólares por unos papeles que para ella no tenían valor alguno.

Un millón que ahora, como aquel que dice, reposaba en el interior de uno de los bolsillos del agente especial Kimball Sinverling.

CAPÍTULO VIII

—¿Quién es «B.H.»?

Sinverling la miró con asombro.

—¿No lo sabes? —preguntó a su vez.

—Cierto que sí, pero no me refería a su personalidad, sino al significado de esas letras. Sinverling sonrió.

—Ni yo tampoco, querida —dijo.

Lo que dio motivo para que ella le mirara con el estupor retratado en sus bellos ojos que a continuación clavó en el tráfico de la calle, cada vez más intenso a medida que avanzaba la mañana.

Volvieron a callar, hasta que Siw detuvo el coche frente a la puerta que daba acceso a la entrada del edificio donde tenía su apartamento.

Fue la primera en descender pero esperó a que Sinverling se uniera a ella, y entonces preguntó mientras él la enlazaba por la cintura.

—¿Qué va a ocurrir ahora, Kimball?

—Nada, pequeña —respondió empujándola hacia el interior del portal—, nada. Esperaremos unas horas y...

—Serás tú el que regrese a Nueva York. ¿O no has pensado en eso?

—Te esperaré allí.

Siw no respondió, hasta que ambos no entraron en el ascensor, y un segundo antes de colgarse de su cuello.

—Sea lo que fuere, amor, no me gusta quedarme sola en París.

Sinverling no respondió porque juzgó mucho más interesante besarla que no perder el tiempo en otra cosa cualquiera, con lo que ambos alcanzaron la planta donde Siw vivía estrechamente enlazados.

Abrió la puerta de su apartamento, pasó por delante de Sinverling que entró inmediatamente detrás, y lo último que éste

creyó oír un segundo antes de perder el conocimiento, fue su grito, cuando algo explotó contra su nuca derribándole al suelo sin un solo gemido.

Nunca supo el tiempo que tardó en recuperarse de su desmayo pero no debía ser mucho a pesar de que todo había cambiado a su alrededor.

Ahora no se encontraba en el pasillo sino en el *living*, *tendido en el suelo*, y *movió la cabeza para mirar a su alrededor*.

Los tipos eran dos, y no hacía falta ser un lince para adivinar de quiénes se trataban ni de dónde procedían, y mucho menos averiguar qué es lo que deseaban de él.

Y dos mujeres.

Siw que se encontraba sentada en uno de los sillones, maniatadas las manos a la espalda, y la otra.

Una pelirroja.

Al mirarla, fue ella la que rompió el silencio:

—No parece muy sorprendido al verme, míster Sinverling.

Se sentó en el suelo antes de responder mientras que la automática de Lajos le apuntaba a la cabeza.

Era la verdad.

A pesar de que delante de sus ojos tenía a la pelirroja que le acompañara en el aeropuerto de Orly, no se sorprendió.

—No, ni siquiera nada, *miss* O'Sullivan —respondió calmosamente.

Ella extendió la mano hacia el sofá.

—Siéntese si quiere, Sinverling. Ahí.

Trabajosamente, notando alfilerazos en la nuca, Sinverling se puso en pie y acercándose al sofá se dejó caer en él.

Entretanto, Siw callaba.

—Voy a hacerle una pregunta, ¿comprende? Y quiero que me conteste con la verdad. ¿Dónde están esos papeles?

Una fría sonrisa jugueteó durante unos segundos por entre los labios del agente federal.

—¿No los tiene ya, *miss* O'Sullivan?

Y señaló el sobre que había en el regazo de Lorna, y que le quitaron tan pronto como cayó al suelo.

Lorna no se dignó mirarlos.

Sólo respondió ante el estupor de la propia Siw:

—Son falsos y usted lo sabe. Quiero esas listas, las auténticas. Las que iba a entregar a uno de sus agentes del otro lado del muro.

—¿Sí...? ¿Y para qué?

Lorna hizo una mueca.

—En esas listas van los nombres de todos los agentes enemigos... y al decir enemigos no hablo de mí misma sino de ustedes. De los del servicio de contraespionaje. Me comprende, ¿verdad? Van los nombres de varios jefes y agentes, y sobre todo, el del que las tiene que recibir. Y quiero esos datos ahora, Sinverling.

—¿Falsos...? ¡Cuernos! Eso no lo sabía. Esas listas me las dieron en el Departamento Federal de Nueva York, y ni siquiera las leí.

Lorna dejó transcurrir unos segundos de silencio antes de decir:

—Si espera que crea eso, es usted un perfecto imbécil, federal, ¿comprende?

—Sí, puede que sí, pero es la verdad, pero no le estoy mintiendo a pesar de que mi deseo sea el de retorcerle el cuello, sucia.

Lorna se echó a reír y cuando el exceso de hilaridad la dejó hacerlo, respondió:

—Escuche atentamente, Sinverling, porque se lo voy a repetir: Tiene cinco minutos para pensarlo bien. Cinco, ni uno más. Si transcurridos éstos no me dice lo que deseo saber, delante de sus ojos, vamos a hacer algo con *miss* O'Brien que no le va a gustar, ¿comprende?

—¡No les digas nada, Kimball! ¡No lo hagas! De todos modos, nos van a matar.

Lorna la miró.

—Cierto —afirmó fríamente—, pero hay muchas maneras de morir. Ahora, en su mano está el escoger una.

Siw no respondió.

Tenía los ojos fijos en el agente del FBI que no contestó, y pensaba que no había escape para ninguno de los dos. De nuevo, una vez más, en aquel caso, el Servicio de Inteligencia, el CIA, llegaría tarde.

—Responda, Sinverling. ¿Dónde los guardó? Usted los traía y yo, como miembro del CIA, sé que estoy en lo cierto.

Antes de que terminara de hablar, el otro, mientras Lajos le cubría con el arma, empezó a acercarse a Siw que le miró nerviosamente.

—Tres segundos, Sinverling.

No miró a Siw, no podía hacerlo en aquel momento.

Pero sí que sin dejar de mirar a Lorna observó a Lajos y la disposición que éste tenía en el interior del *living*.

Era un suicidio pero lo único que podía hacer. No deseaba ver con sus propios ojos lo que iba a ocurrirle a la muchacha a no tardar.

Entonces, al llegar a esa conclusión, respondió:

—He dicho todo cuanto sabía —hizo un gesto con la mano que tuvo la virtud de paralizar a Lorna por irnos segundos y añadió—: Puede ordenar que nos maten del modo que sea, *miss* O'Sullivan, que para los traidores a su patria sólo hay una pena y usted la sabe. Puede hacerlo que detrás de nosotros dos vendrán otros más... y otros, hasta que terminen con personas como usted y éstos. Y con personas como las que componen la Embajada de...

Lorna movió una mano.

Casi a espaldas de Sinverling, el secuaz de Lajos movió la suya y el golpe alcanzó a Siw junto al oído derecho y su grito de angustia, mientras caía hacia atrás arrastrando el sillón en que se sentaba, taladró los tímpanos a todos los presentes, y en aquel momento, Sinverling saltó contra las piernas de Lajos.

La bala le chamuscó la sien unos segundos antes de que cerrara los brazos en torno a aquéllas con lo que Lajos se vino abajo formando confuso montón con él cuando ya su acompañante llevaba la mano a la funda de la axila, olvidado momentáneamente de Siw, y Lorna se ponía en pie acercando la suya a su escote.

Ninguno llegó a tiempo.

Justo en el preciso momento en que Sinverling se deshacía de Lajos de un brutal golpe en la mandíbula y cerraba la mano en torno a la culata del arma que empuñaba, hasta ellos llegó la voz de una mujer:

—¡Quietos! ¡Quietos todo el mundo!

Por toda respuesta, con un rugido, lo mismo que si se tratara de una fiera, Lorna introdujo la mano en el escote, la sacó armada de una 22 en tanto que el secuaz de Lajos tiraba de la culata de su «*Parabellum*».

Hubo un estampido, y al segundo siguiente el tableteo de una pistola ametralladora provista de silenciador.

Un rápido y mortífero tableteo que se extinguió casi al instante.

Sinverling se enderezó y miró hacia la puerta.

Con el humeante arma en la mano, desde allí, Olga Suttner les miraba.

—Eso... no lo esperaba, palabra.

—Desátela, y vámonos de aquí, rápido. Dentro de unos minutos esto será un hervidero de policías.

Sinverling no respondió y de un salto se plantó al lado de Siw.

Cuatro minutos más tarde se encontraban en la calle.

CAPÍTULO IX

Nunca supieron cómo habían llegado hasta allí, pero tanto a Siw como a Sinverling se les antojaba que la huida de París había sido francamente alucinante.

Ahora, frente a ellos, una explanada, y en la explanada un bimotor cuyos motores estaban funcionando al máximo de revoluciones.

Esperándoles.

Y de los tres, Olga fue la primera en romper un silencio que ya duraba horas:

—Buen viaje, Sinverling, y hasta otra si nos volvemos a ver alguna vez —miró a Siw y añadió—: En cuanto a usted, querida, voy a darla de baja del servicio activo. Creo que van a casarse, ¿verdad?

—Aún no me lo ha pedido —respondió Siw cuyos ojos empezaron a chispear—, pero pienso aplicarle tortura china hasta conseguirlo. Deje que lleguemos a Nueva York y ya verá.

Sinverling no contestó.

Esperaba algo más.

Algo que no tardó en llegar y que se tradujo en una petición:

—Ahora los papeles, Sinverling. Démelos, ¿quiere?

El federal la miró con asombro.

—¡Palabra que no me acordaba de ellos! —dijo.

Y ante el estupor de las dos levantó, primero un pie cuyo zapato se quitó y luego el otro. Hecho esto se los alargó a Olga.

—Pero qué diablos...

—Nada de diablos —interrumpió Sinverling—. Llevo un agujero en cada tacón y encima la goma, ¿comprende? Dentro se encuentran esas listas. Verifíquelas, por favor.

Olga se limitó a responder, con una sencillez aterradora.

—Confiamos en usted, Sinverling.

Y colocó los zapatos a su lado mientras él añadía, abriendo la portezuela con lo que el rugido de los motores ahogó un tanto el sonido de su voz:

—Dele recuerdos a «B. H.», Olga.

Ella le sonrió.

—No sea tonto, Kimball —dijo llamándole por su nombre—. Yo soy «B. H.». —y añadió al ver el gesto de estupor de Sinverling—: No menosprecie a las mujeres, Kimball, o cometerá un grave error. Buen viaje —repitió una vez más.

Y sin perder la sonrisa les estrechó la mano a los dos y luego les vio alejarse de ella, en dirección al avión; Sinverling completamente descalzo, llevando a Siw enlazada por la cintura, y luego subir.

Cómo despegaba...

Y quedó allí, empequeñeciéndose en la distancia a medida que el avión remontaba el vuelo, diciéndoles adiós con un blanco pañuelo que más que aquello parecía ser, y en contraste con los sangrientos sucesos ocurridos, un mensaje de paz para el mundo entero.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares

EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] En francés, estación. < <